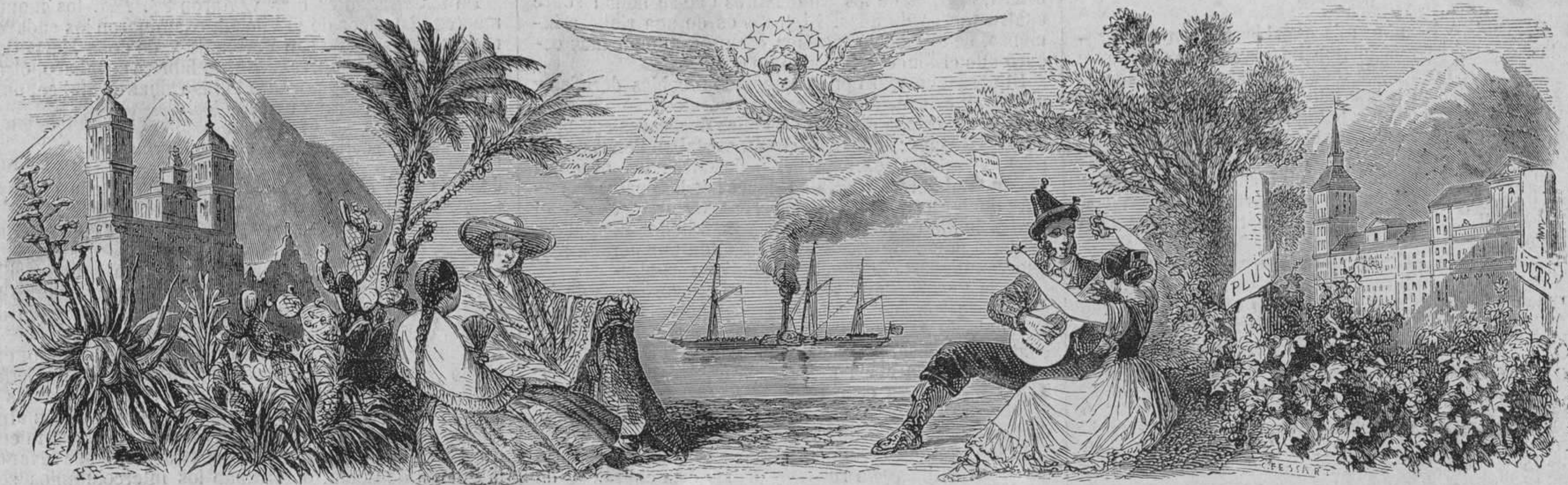


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 510.

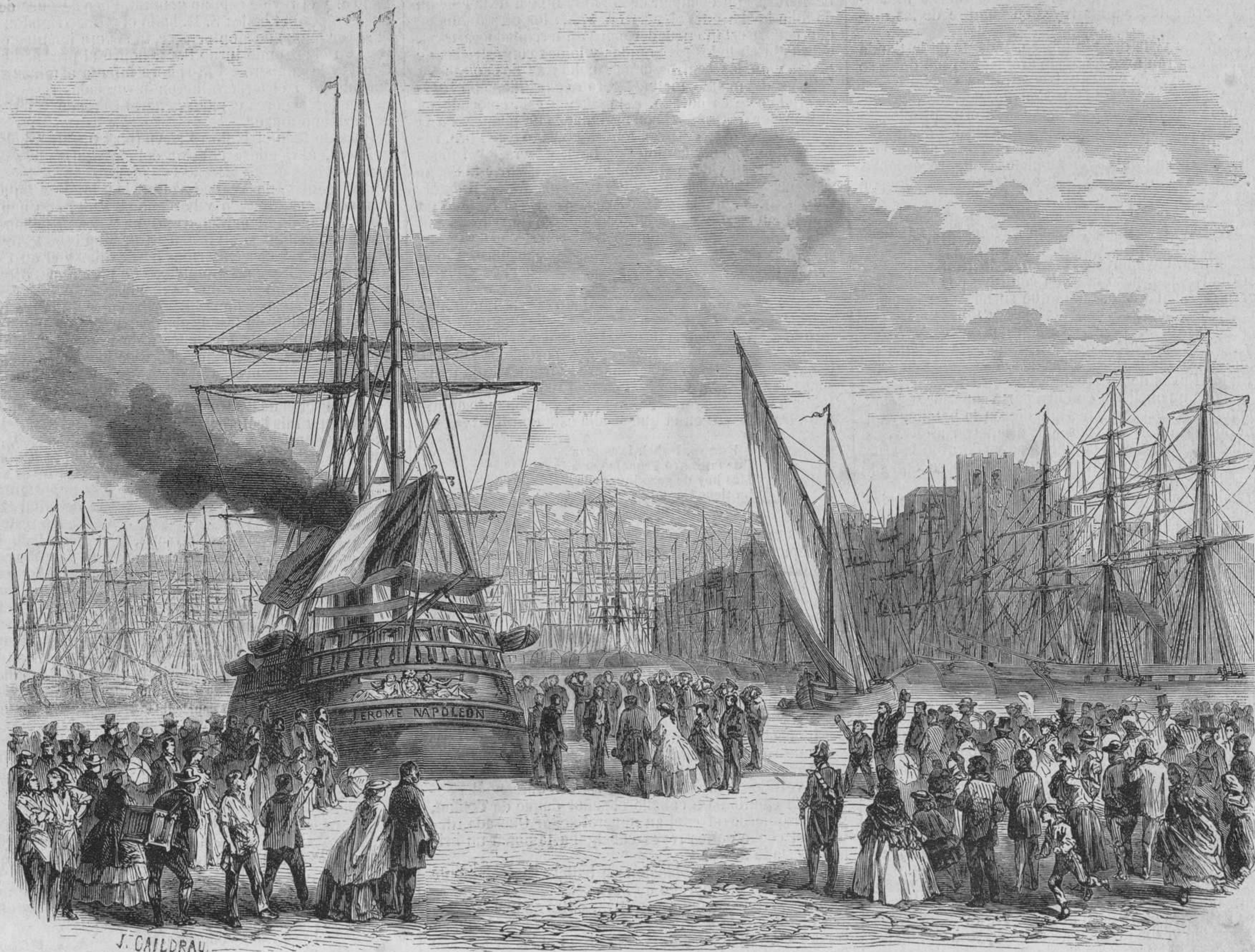
SUMARIO.

Embarco en Marsella del príncipe Napoleón y la princesa Clotilde: grabado. — Revista española. — Las bodas de la princesa Pia y del rey de Portugal: grabados. — Viaje del rey de los Países Bajos a la provincia de

Zelanda: grabados. — El hospicio de Sainte-Perrine: grabado. — Revista de Paris. — Real Academia española. — Carreras de caballos: grabados. — Funerales del conde de Castellane: grabado. — Don Florencio Balcarce. — Exposición de Londres: grabados. — Cuentos de Carlos Dickens. — Una terrible prueba. — Revista de la moda. — Comicio agrícola de la Motte-Beuiron: grabado. — Problemas de ajedrez: grabado.

Revista española.

Una advertencia al lector. — Viaje de la corte por las provincias de Andalucía. — Despeñaperros. — Las Navas de Tolosa. — Bailen. — Trajes andaluces para los príncipes. — Córdoba. — Habitaciones reales. — Un arco greco-romano. — Un coche y un ejemplar de la Biblia. — Sevilla. — Adornos y bailes del



J. CAILDRAU.

Embarco en Marsella de SS. AA. II, el príncipe Napoleón y la princesa Clotilde.

país. — Descripción de un baile en la Casa Lonja. — Un abanico artístico. — Se continuará. — Historia de un célebre poeta que al verse en un espejo no se ha reconocido. — Teatros. — Un actor, muerto de la misma enfermedad que uno de los personajes que ha representado con mas aplauso. — Un discurso en la Academia española. — Libros nuevos. — Un hombre salamandra. — P. S. La Exposición de bellas artes.

Si llegarais á España, mis queridos lectores, y preguntáseis á cualquiera lo que ha pasado en el mes de setiembre, recibiríais por toda respuesta una edición de mi revista, quizá mas lata aun. Y sin embargo, yo no os puedo contar, con excepcion de alguna que otra noticia, mas que detalles del viaje de los reyes á Andalucía.

Esto prueba que todas las miradas de los españoles están fijadas en los festejos con que los andaluces hacen alarde de su ingenio y de su gusto para obsequiar á las reales personas.

No sé si estos detalles podrán interesaros; son los de un viaje digno de un cuento fantástico, son los de una expedición veraniega, ó mejor dicho otoñal, en la que reyes y súbditos hacen cuanto pueden para agradarse.

Pero si carecen de interés para vosotros, perdonad al cronista, y no le exijais que os cuente mas que lo que sabe.

Quizás alguno de vosotros, compatriota nuestro; ó mejor dicho, quizás todos vosotros, oriundos de los primeros conquistadores de lo que hoy forma vuestro joyel, y por lo tanto oriundos de andaluces, encontrareis un verdadero placer al ver que los que tienen sangre vuestra, saben cuando llega la ocasion mostrar que el Guadalquivir, como el Genil y el Darro, llevan en su corriente arenas de oro.

Si es así, me doy la enhorabuena.

Empiezo pues cumpliendo mi deber de cronista.

Hé aquí los pormenores mas notables del viaje de la corte hasta su entrada en Sevilla.

Llegados al punto denominado *las Correderas*, en Despeñaperros, pararon los coches, y SS. MM. descendieron y entraron en una grandiosa tienda de campaña, en la que habia dispuesto un delicado almuerzo para 120 personas. La tienda tenia además un precioso tocador y otro departamento para descansar.

Como este punto de las Correderas es el límite que separa las provincias manchegas de las andaluzas, allí estaban las autoridades superiores de estas últimas, y varias comisiones de caballeros de las órdenes y maestranzas para saludar á los reyes en nombre de las mismas.

El golpe de vista era pintoresco. Delante de la tienda se alzaba un gran arco de gusto árabe, y al pié de él se veían doce reyes de armas y hasta treinta y ocho pajes, vestidos á la usanza de la edad media, doce de ellos cabalgando en magníficos caballos de la tierra, propios de los jinetes, pues todos eran de las mas ricas y distinguidas familias de los pueblos de la Sierra. También se veían dos estandartes con emblemas que recordaban la batalla de las Navas de Tolosa y Baena, ganadas por Alfonso y san Fernando.

Los pajes pasaron á dar la guardia á los reyes, luego que entraron en la tienda, donde recibieron á la comision de la provincia de Jaen, que les entregó la llave de Andalucía, cuya llave es una joya de gran valor.

En Guarroman, pasó la régia comitiva por debajo de un arco de buen gusto, en el que se leía esta inscripción: *A la memoria del magnánimo rey Carlos III, fundador de las colonias de Sierra Morena. A sus Majestades y Altezas, el pueblo de Guarroman.* En la villa de Carboneros se distinguían otros dos arcos á la veneciana. En las Navas de Tolosa hicieron alto los carruajes á la vista de un obelisco, en cuya parte superior se leían los nombres de los capitanes que dieron la batalla, y en la inferior los de los obispos que asistieron á ella. Sus Majestades descendieron conmovidas y adoraron la cruz de hierro que precedía al ejército cristiano en aquella memorable jornada.

En Bailen contemplaron también el campo donde rindió sus armas el ejército del general Dupont. Los campamentos estaban perfectamente designados por banderines de diversos colores.

Cuando SS. MM. llegaron á Andújar, pidióles permiso la autoridad local para presentarles dos trajes del país destinados á los príncipes, y á los pocos momentos fueron introducidos en la régia estancia cuatro niñas y ocho niños vestidos á la andaluza, que depositaron á los piés de S. M. las bandejas en que iban colocados los trajes. El del príncipe se compone de marsellés, chaqueta corta, chaleco y calzon de punto con adornos negros, botonadura de filigrana de oro con coral, bota y zapato de becerro respunteado con seda blanca, pañuelo de Holanda con las armas de Andújar y la cifra de Su Alteza bordadas con oro, faja de seda de Manila, camisa de Holanda con botonadura y broche de brillantes, sombrero calañés, y baston largo de caña de India con cintillo y puño de oro y brillantes. El de la infanta Doña Isabel consta de vestido de moaré color de rosa con volantes y adornos de encaje negro, mantilla de igual color y adorno, y collar y peineta de oro. Estos dos preciosos trajes han costado cerca de cinco mil duros.

La entrada de los reyes en Córdoba fué una gran ovacion. Desde la puerta hasta la catedral apenas lograban los batidores abrir paso al coche régio.

Su Majestad vestia un traje de color de rosa con mantilla de encaje blanco, adornando su cabeza dos rosas naturales. El rey iba de frac y los príncipes vestidos á la andaluza.

Desde la catedral se trasladaron al palacio episcopal, destinado para su morada.

Las habitaciones y el edificio, todo ha sido admirablemente decorado.

El salon de los Apóstoles fué dedicado para salon del trono. Este salon está forrado de seda carmesí: tiene magníficas colgaduras, magníficos espejos y arañas de cristal, además de los candelabros que se hallan sobre cuatro mesas doradas. El trono es de una riqueza inmensa, de terciopelo también carmesí, aunque mas oscuro que el fondo, y bordado de oro.

El despacho real tiene riquísimos muebles dorados y negros, y está forrado de damasco carmesí.

El jardín estaba dividido en calles decoradas con preciosos jarrones: todos sus cuadros estaban llenos de faroles de colores sobre verdes pedestales: los naranjos tenían también innumerables luces: en los cuatro estanques lucían otros tantos transparentes con vasos: en el centro habia un pilar de riscos y un saltador iluminado, cubierto por una especie de gruta con una corona real que dominaba todo aquel encantador vergel.

En la Puerta Nueva se levantó un precioso arco de orden greco-romano, con los capiteles parecidos á los del Hercteo de Atenas. En cada uno de sus frentes habia cuatro columnas, y dos en cada uno de sus costados.

El Real de la Feria presentaba una vista magnífica. Todas las tiendas eran iguales, formadas con telas á bandas de colores vivos. Entre todas se distinguía la destinada para Sus Majestades.

El marqués de Benamejí regaló á la reina un precioso carruaje. El juego de ruedas y demás está charolado de azul turquí, con preciosos filetes y adornos dorados; la caja, que es muy linda, ostenta los escudos de dicho marquesado; su interior es de damasco también turquí: la tumba, que es del mismo color, está rodeada de gruesos y largos flecos de seda blanca y azul alternando con el oro. Este notable carruaje iba tirado por seis hermosísimas yeguas amburguesas castaño claro, cuyo arnés en armonía con el juego del carruaje era magnífico, pareciendo como que se crecían de orgullo al lucir sus primorosos y ricos penachos de plumas blancas y azules; el cobero, delantero y lacayos vestían calzon y casacas blancas guarnecidas de los colores de la librea de los criados de dicha casa, chaleco encarnado con galones de oro, el primero sombrero de candil, y los demás tricornos negros galoneados de oro y adornados con pluma encarnada.

Un profesor de primera enseñanza ofreció al príncipe de Asturias un ejemplar de la Santa Biblia, de la edición en folio hecha en Valencia en 1793: los diez tomos de que consta están encuadernados en terciopelo carmesí, adornado en todos los ángulos y lomos con estrellas de plata, y en los centros de sus cubiertas dos soles; los broches del mismo metal, figuran canastillas con espigas: el corte es dorado. Esta edición está colocada en un interior de gro azul con agremas de plata, y en la parte alta se lee: « El rey tendrá consigo este libro, recibéndole de los sacerdotes de Levi, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda á temer al Señor su Dios, y reine largo tiempo él y su hijo... » (Deuter. Cap. xvii, V. 18, 19 y 20). El exterior está forrado en tafete encarnado con adornos y remates dorados.

Los adornos que engalanaban las calles y plazas eran vistosos y de mucho gusto. Los arcos colocados en diferentes puntos, estaban perfectamente hechos y decorados.

Desde el arco de triunfo levantado por la municipalidad, como he dicho, en las afueras de la Puerta Nueva, partían á uno y otro lado del arrecife dos series de preciosos arcos revestidos de yerbas y coronados por estandartes amarillos y encarnados. El frontis de la indicada puerta estaba cubierto con multitud de caprichosos festones formados también de yerbas, coronando aquella un trasparente en el que se leía esta quintilla:

Esta es, Isabel, la puerta
Que encontró Francia cerrada;
Mas hoy de gozo inundada
La tiene Córdoba abierta
A su reina idolatrada.

A las cuatro y media de la tarde del día 18 el cañon, un repique general de campanas y el movimiento de mas de cincuenta mil almas que llenaba las calles de Sevilla anunció que la reina habia llegado á la estacion del ferro-carril.

La comitiva entró en la ciudad en el orden siguiente: una mitad de caballería; el coche de respeto enviado por los duques de Montpensier; cuatro batidores de estado mayor; el coche real; un escuadron de caballería, y mas de cien coches con los diputados á Cortes, senadores, ayuntamiento, diputacion, maestranza de caballería y personas notables de todas clases y opiniones.

En el coche real iban S. M. la reina vestida con traje color de rosa, mantilla blanca y diadema de oro en la cabeza: el rey de capitán general, y el príncipe y la infanta vestidos á la andaluza. Al estribo derecho del coche real caminaba á caballo el señor duque de Tetuan, y á la izquierda el capitán general señor Quesada, detrás del coche de los reyes cabalgaba también un brillante estado mayor.

El interior de la poblacion se hallaba no solamente colgado, sino alfombrado de flores.

La reina rodeada de su comitiva, entró en una magnífica tienda que le estaba preparada en la Feria. Dada su venia subieron al tablado las graciosas niñas venidas de Montalban, que lucían primorosos trajes andaluces, y ejecutaron con bastante desembarazo algunos bailes del país. Después de esto varios vecinos de Obejo tuvieron

la honra de bailar ante los reyes la antigua danza que llaman el *Patatús*, que si algo de notable tiene, son las figuras que forman agitando las espadas que llevan desnudas en sus manos. A su vez le tocó el turno á la comparsa de graciosas gitanillas, que lujosamente vestidas y con ese donaire y garbo propio de Andalucía ejecutaron algunos bailes.

En los siguientes dias visitaron SS. MM. los monumentos históricos de la ciudad, examinaron los cadáveres momificados de san Fernando y de doña Maria Coronel, y vieron la universidad, la fábrica de tabaco, otras muchas fabricas, y por último las ruinas de Itálica, donde de Adriano, Trajano y Teodosio

Rodaron de marfil y oro las cunas,

donde cantó el poeta Silio y nació el mártir de cuyo nombre se deriva el vecino pueblo de Santiponce.

Pero lo mas notable ha sido el baile dado en la Casa Lonja.

La parte exterior estaba adornada con una sencilla pero vistosa iluminacion, habiéndose colocado sobre la puerta de entrada un escudo de armas flanqueado de banderas nacionales.

El interior ofrecía un aspecto magnífico. El patio, cubierto por un toldo, estaba adornado con multitud de farolillos, transparentes y macetas de olorosas plantas y variadas flores. Aquellos seguían las aristas de los capiteles de las columnas, de los arcos y cornisas, mientras estas rodeaban la fuente central donde se levanta la estatua de Colon, ó cerraban los intercolumnios separándose así el patio de las galerías.

En estas, á la iluminacion de los farolillos se habia sustituido el gas, que en multiplicados mecheros brotaba brillante entre la hojarasca de guirnalda de follaje que seguían las líneas principales de la construccion. El vestibulo de entrada frente á la catedral se habia preparado para bailar. Cómodos confidentes, riquísimos espejos, plátanos colocados en las líneas de las puertas y ventanas, arañas de cristal, adornaban este departamento perfectamente alumbrado, además del gas, por la luz de centenares de bujías.

El tocador de la reina, el cuarto de descanso del rey y el tocador de señoras, estaban decorados con tanto lujo como elegancia, llamando la atencion en el segundo la coleccion de armas antiguas españolas y marroquies modernas que se habian suspendido en las paredes. Su Majestad la reina vestía un riquísimo traje blanco, y el rey de capitán general. Poco después de las once empezó el baile: S. M. bailó el primer rigodon con el señor duque de Montpensier, la señora infanta con el rey: en el segundo turno S. M. honró al presidente del Consejo de ministros, y la señora infanta al ministro de Marina, y en el tercero fueron favorecidos respectivamente los señores capitán general Quesada y teniente de hermano mayor.

Durante todo el baile se sirvieron exquisitos helados y dulces, abriéndose el salon del *buffet* á las tres de la mañana.

Una señorita de Sevilla ha ofrecido á la reina un abanico de nácar, pintado y bordado en seda, con una lámina en medio de carácter antiguo y dos medallones á los lados; el uno con vista del Guadalquivir, torre del Oro y catedral con las armas de Sevilla, y el otro con las armas reales y un sinnúmero de preciosas flores en los centros: todo obra de sus manos.

Al escribir estas líneas llega la corte á Cádiz; pero basta ya por hoy de festejos reales. En mi próxima revista continuaré dándoos cuenta de lo mas notable del viaje de la corte. Hablemos ahora de los demás sucesos del mes de setiembre.

Ante todo copiaré unos versos inéditos del célebre y fecundo Breton de los Herreros, que estoy seguro de que agradarán á mis lectores.

Son una curiosa y verídica relacion de un suceso que le ha acaecido recientemente hallándose en el camarín de una actriz.

Dice así:

Diserté sobre Cervantes,
Y noté que me escuchaba
Cayéndosele la baba
Uno de los circunstantes.
« Yo trato mucho á ese *quidan*,
Dije, pero no recuerdo,
Que en punto á nombres soy lerdo
Y á docenas se me olvidan. »
Y tras de este soliloquio
Creo deber en conciencia
Hacerle una reverencia
Llámesse Luis, Juan ó Eustoquio.
Y el extraño personaje
Que atento oía mi plática,
Con sonrisa muy simpática
Me devuelve el homenaje.
Luego que de hablar concluyo,
Yo que tengo el vicio charro
De fumar, saco un cigarro...
¡Cata al *quidan* con el suyo!
Y encendidas á la par
Las cerillas subitáneas,
Fueron también simultáneas
Las bocas para chupar.
Toso y tose aquel abanto,

Que instinto igual nos gobierna,
Cruzo pierna sobre pierna
Y el prójimo hace otro tanto.
Como el tiempo estaba crudo,
Yo estornudo, y á la vista
En lugar de un ¡Dios te asista!
¡Zis! me gira otro estornudo.
¿Quién vió, dije para mí,
Un simio de tal estofa?
¿Eso es simpatía, ó mofa?
¿Eso es hombre, ó maniquí?
Y fulmino al caricato
Fiera vista, airado zuto,
Y ya esgrimía mi puño,
Retándole al pugilato.
Pero de saña beodo
No menos que yo lo estaba,
Tambien su actitud fué brava
Conforme á la mia en todo.
Iba ya á pedirle cuenta
Ardiendo en sed de venganza
De aquella grosera chanza
Que era para mí una afrenta,
Cuando, ¡pecador de mí!
Veo que es mi efigie propia
Que mudo un espejo copia
La que me irritaba así.
Declaro á la reunion
El *quid pro quo* — soy sincero —
Y á todos, y á mí primero,
Dió risa mi distraccion.
Mas reflexionando un poco
Bien que mayúscula fué,
Yo á mi modo la expliqué
Sin convencerme de loco.
Tiempo há que no me deleitan
Los amorosos engaños,
Y enclenque y con muchos años
No me afeito ya, me afeitán.
Esta cara nunca bella
Hoy debe de ser fatal,
Por tanto es ya muy casual
El tratarme yo con ella.
Si mal la corbata vá
Porque me la ato sin ver,
O la arregla mi mujer
O se queda como está.
Exento en fin de livianos
Perfiles, sin ser adusto,
Conozco menos mi busto
Que el de muchos ciudadanos.
No por la fisonomía
No, sino por la conciencia
Aquella antigua sentencia
Nosce te ipsum, decía;
Mas para que acabe en punta
Mi ya prolijo relato,
Permita el lector sensato
Que yo le haga una pregunta.
¿Qué mucho si en los abismos
De su propio corazón
Tanto los mortales son
Que se ignoran á sí mismos,
Cuando en Madrid ¡cosa rara!
Hay un trascordado viejo,
Que la mira en un espejo
Y no conoce su cara?

Como veis, el inmortal autor de *Marcela* no pierde con los años la difícil facilidad que tan justos aplausos le ha conquistado.

Dirijamos una ojeada á los teatros.

El arte dramático siente el frío antes que las ciencias; por eso mientras estas veranean abren sus puertas los teatros. Sin embargo, hasta ahora no ha habido nada notable en ellos, á no ser la inauguración del teatro del Príncipe, en donde Matilde Díez y Catalina están llamados á recoger abundante cosecha de aplausos.

Permitanme mis lectores que no les cuente detalles de las funciones dadas hasta ahora, tanto porque no lo merecen, como porque de lo contrario me faltaría espacio para las demas noticias.

Sin embargo, no pasaré por alto la sensible pérdida de Fernando Ossorio, el actor de mas genio del teatro español.

Ossorio ha muerto joven, cuando iba á cumplir los treinta y dos años, y cuando mas brillante porvenir se presentaba á sus ojos. Y ¡cosa extraña! ha muerto de la enfermedad que con tanto acierto sabia representar en el drama *La Culebra en el pecho*, de una hipertrofia del corazón. Cuentan que cuando estuvo en París, deseoso de conocer bien los caracteres de la enfermedad cuyos padecimientos tenia que imitar, un médico le dijo, y aun le expidió certificación de que se hallaba ya acometido de la afección que queria estudiar é imitar, y que al fin le ha llevado al sepulcro.

Hijo de padres que vivían del teatro, bien pronto se aficionó al arte, y mucho mas cuando desempeñando muy niño aun las funciones de apuntador, era testigo

en Sevilla de los triunfos de Joaquin Arjona. Pasó despues con Valero á Barcelona, trabajó en Madrid con Lombía en el teatro de la Cruz, al lado de su hermano Manuel, Catalina y la Teresa Baus.

Una de las primeras funciones en que empezó á conquistarse grandes simpatías, fué la *Familia del boticario*. Lombía y Valero le habian asegurado que podria ser un buen actor, y Fernando amaba con pasión el arte, y aunque enfermo con mucha frecuencia, mientras permanecia en escena olvidaba todos sus padecimientos. El público de Madrid ha visto despues los adelantos que ha hecho Ossorio al lado de Arjona, y le ha aplaudido con harta frecuencia. Ossorio era poeta tambien, y buen poeta; y en la *Aurora de la fortuna* y *Por ella*, ha mostrado su inspiración como autor dramático.

La compañía italiana de la celebre actriz idem madama Santoni, está haciendo furor en Barcelona.

Ultimamente ha puesto en escena un drama titulado *Sor Teresa*, cuyo argumento es el siguiente:

Un caballero principal, el señor Gustavo Empoli, se dispone á celebrar dos acontecimientos de familia, la profesion religiosa de Guillermina, hija suya no legitimada, y el matrimonio de su hija Eugenia con el joven Donato, hijo de un título. En el convento en que se educaba é iba á tomar el velo Guillermina, entró á la sazón una nueva superiora, sor Teresa, quien trató de consultar la vocación religiosa de la joven novicia, viniendo por ahí en conocimiento de que esa vocación era forzada. El padre de Guillermina por miras mezquinas y egoistas la condenaba á reclusión perpétua en el claustro. A sor Teresa le repugnaba esta idea, y prometió ser la protectora de la joven novicia.

Sin embargo, noticias particulares que adquirió la hicieron variar de propósito, y aconsejó á Guillermina que para evitar mayores peligros que la esperaban fuera del claustro tomase el velo. Dispuesta é iniciada la ceremonia, antes de pronunciar el voto definitivo, uno de los concurrentes que asistian á la función de rejas afuera, empezó á pronunciar un panegirico del estado de inocencia, como para animar á la joven novicia, á quien no veía. Guillermina se reanima súbitamente; la voz de aquel joven no le es desconocida; se vuelve hácia la reja, reconoce á Donato, objeto de su amor, á quien no habia visto desde que fué encerrada en el convento; y Donato, que ignoraba el paradero de la única que habia logrado dominar su corazón, al reconocer á Guillermina, se precipita al interior del claustro, al tiempo en que la joven novicia cae desmayada en brazos de su protectora la abadesa.

Desconciértase el matrimonio con Eugenia, que por lo visto tampoco tenia puestas en Donato sus ilusiones; el padre, sin embargo, da un baile por la noche con la idea de disimular desagradables contingencias de familia, pero allí precisamente va en su busca una señora á quien tardó en reconocer; era Isabel Suarez, madre de Guillermina, á quien diez y ocho años antes Gustavo Empoli habia abandonado despues de seducirla y deshonrarla. Isabel induce á Gustavo á firmar el acta de legitimación de Guillermina, á señalarle la parte correspondiente en la herencia, y á conceder su mano al joven Donato. Isabel desaparece luego prometiendo volver.

Al día siguiente acuden Gustavo y Donato al convento para sacar á Guillermina: la abadesa, su protectora, se la entrega á Donato, haciéndole prestar juramento de que la hará feliz. La abadesa se despide de todos; órdenes superiores la obligan á trasladarse al convento de su orden en Madrid. Esta impresión la afecta. En medio de este desvanecimiento, Gustavo, cediendo á la impaciencia, levanta el velo que cubre el rostro de la desmayada abadesa, y reconoce en ella á Isabel Suarez. Guillermina corre desalada á los piés de su madre. Sor Teresa, cansada de luchar con tantas emociones, muere abrazando á su hija.

La Academia española ha conmemorado como todos los años su fundación pronunciando el discurso de costumbre el distinguido literato don Manuel Cañete, ocupándose del drama religioso español antes y despues de Lope de Vega, y combatiendo la tacha de que sea peligroso ejemplo de la salvación de criminales como el Leonido de *la Fianza satisfecha*, el Enrico de *el Conde nado por desconfiado*; el Eusebio de *la Devoción de la cruz*, ó el don Gil de *el Esclavo del demonio* y de *Caer para levantar*.

« No es resultado de un ciego fanatismo, decía el señor Cañete; no es repugnante, inquisitorial y horrible la doctrina que proclaman y enseñan estas inmortales obras. Calificarla de absurda y odiosa no tiene disculpa ni en aquellos que desconocen ó niegan la excelencia del dogma católico. El hombre, de cuyo inclinado al mal, é insaciable en el pecado, arroja, á su paso por la tierra, semillas de muerte y de perdición; si un día, por efecto de la gracia, la riega con lagrimas de arrepentimiento, recoge al fin cosecha de misericordia. ¿Dónde hallar idea mas consoladora y fecunda? — ¡Que hay contradicción y absurdo en asociar la fe á los vicios mas monstruosos! ¡Que pasa de extravagante la amalgama de la devoción y el crimen, porque vemos en Eusebio un bandolero que quiere morir confesado!

Pues esa devoción, esa fe es para el pecador (sea cual fuese la suma de sus pecados, menor siempre que la misericordia divina) como el cabo á que se agarra el naufrago en la borrasca y con auxilio del cual puede llegar á salvarse. El ladrón que no abrigue ni sombra de creencia religiosa, ¿dejará de ser ladrón porque no crea? El asesino que jamás se acuerde de la confesión, ¿dejará de ser asesino por no confesarse? ¿No estará mas próxima á conocer, á aprender y á mejorarse el alma en que penetre siquiera sea un rayo de luz, que la

que viva palpando siempre tinieblas? El que no ve esto ciego es. Sordo el que no oye en el fondo de su alma esta voz íntima de la conciencia pregonera de verdades. ¡Por desgracia, son ahora tantos los que tienen fe en la duda y no creen en la fe! »

El discurso termina excitando á fijar la atención algo mas de lo que hasta ahora se ha fijado en el drama religioso español.

Para terminar mi revista apuntaré los títulos de las obras que han aparecido en el presente mes.

— *Historia crítica de la literatura española*, por Amador de los Ríos, 2º tomo.

— *El Espiritualismo*, por Martín y Mateos, 2º tomo.

— *El Papa y los gobiernos populares*, por Sánchez, primer tomo.

— *Comentarios de la vida de Carlos V*, traducción de Olona.

— *La Verdad del progreso*, por Catalina.

— *Compendio de la historia de China*, por Castro y Duque.

— *La Extinción de la mendicidad*, por Leopoldo Zea.

— *El Cetro de flores*, novela de doña María del Pilar Sinues de Marco.

— *Un Libro para mis hijos*, tratado de educación moral por don Francisco Alonso y Ruble.

— El general don Narciso Ameller ha empleado sus ocios escribiendo una obra que lleva por título: *el Monge gris*.

La acción pasa en el siglo XIV, época de la atrevida expedición á Oriente de los catalanes y aragoneses. A juzgar por el índice, que abraza catorce libros, la obra promete ser muy interesante.

Figuran en ella Roger de Flor, Gimeno de Alvaro, Federico de Guzmán, Berenguer de Entenza, Rocafort, y otros caballeros cuyos hechos heroicos han pasado á la posteridad.

Feudalismo, prácticas caballerescas, trovadores, cortes de amor, magia, vampirismo, legislación, constituciones, literatura, arquitectura, ciencias y artes de aquellos tiempos, todo lo ha utilizado el autor para escribir una especie de epopeya, en la que las armas de los héroes son el buril, el compás, la pluma y la espada.

Con motivo de las excavaciones practicadas en el espacio que ocupa en Valencia la iglesia de los caballeros de la orden militar de Calatrava, construida en 1254, situada en la plaza de este nombre, se han descubierto en estos últimos días muchos restos humanos, algunas cajas de madera que contenian otros con pedazos de hábito y cordones, parte de un arco de construcción árabe, monedas de plata de época muy remota, y un horno, cuyo sistema de construcción, así como la forma interior no ha podido ser conocida, por haberse desplomado á poco de descubrirse. Parece que bajo el pavimento de la iglesia habia construidos diferentes panteones, donde se enterraban antiguamente los caballeros de esta ilustre orden.

Como ven mis lectores, el mes no ha sido perezoso. Pero aun ha producido mas en otro terreno: un pobre diablo ha resuelto de un nuevo modo el problema de no quemarse con el fuego.

La prueba se ha verificado en Alicante en presencia de un gentío inmenso.

El tal se quitó los zapatos, y poniendo con la mayor tranquilidad sus piés desnudos sobre la superficie candente de la piedra de un horno de cozer pan, se zampó en el horno, dentro del cual saboreó á su placer un cigarrillo, de que se habia provisto de antemano.

Satisfecha la curiosidad del numeroso concurso que apenas podia dar crédito á sus ojos, salió del horno tan fresco y glorioso como los hermanos Macabeos, y para acabar de asombrar á los espectadores, sacó en las manos dos enormes brasas con las que despues de encender su cigarro, jugueteó tranquilamente hasta que quedaron apagadas al contacto de su epidermis.

Todo el mundo se pregunta la causa de este fenómeno, y el héroe de la fiesta no lo quiere explicar si el gobierno no le asegura una renta vitalicia de seis mil duros anuales, porque en su concepto su descubrimiento vale tanto como una cartera ministerial.

Veremos lo que consigue este hombre salamandra.

JUAN DE MADRID.

Madrid 30 de setiembre de 1862.

P. S. Mañana se inaugura la Exposición de bellas artes. Todo Madrid espera con ansia este acontecimiento, porque se dice que la cantidad y calidad de cuadros y esculturas presentados, llenará de gloria á la patria de Murillo y Alonso Cano. Informaré á mis lectores... á su tiempo.

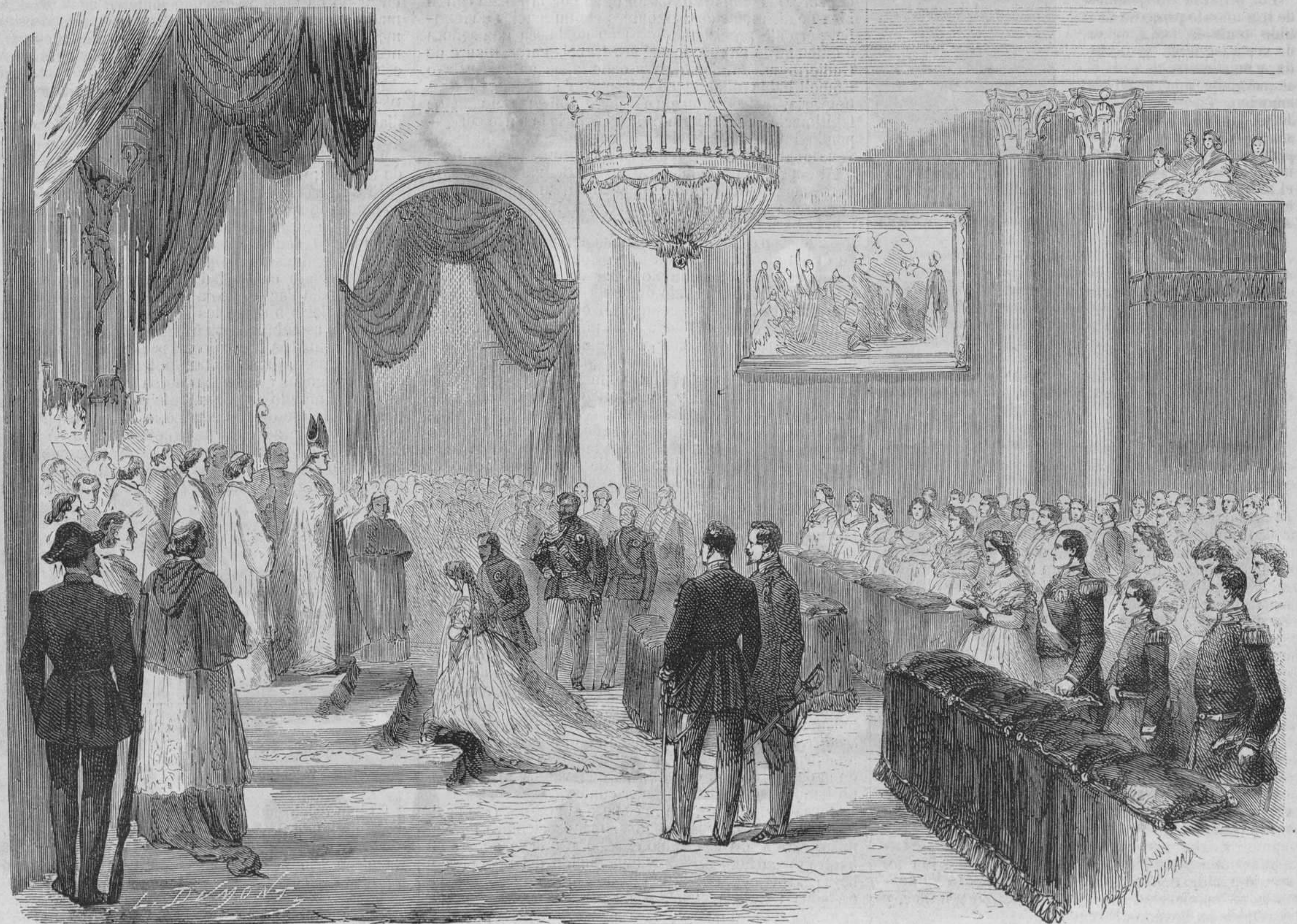
Las bodas de S. A. R. la princesa Pia

Y DE S. M. EL REY DE PORTUGAL.

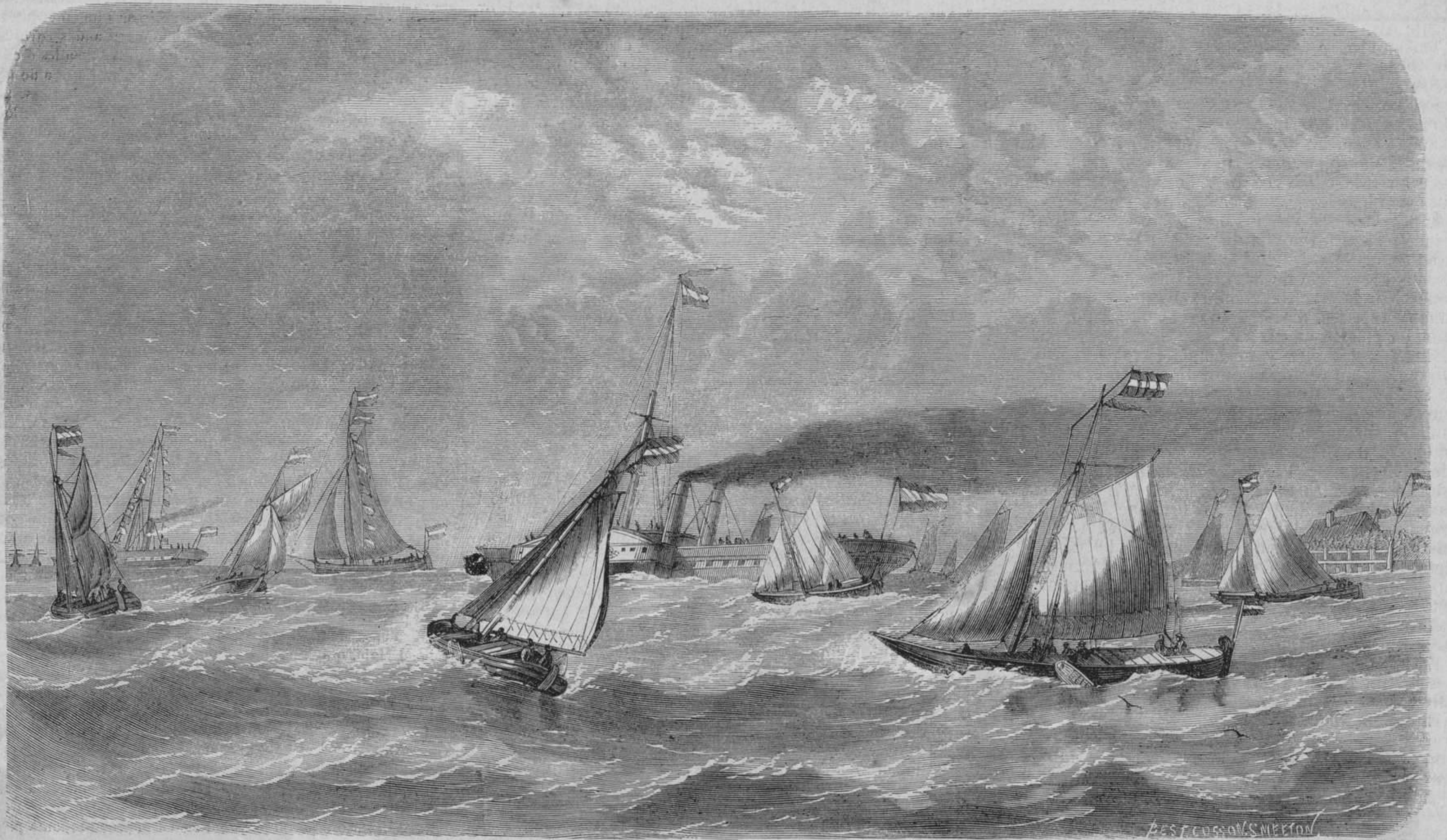
Se han celebrado con gran esplendor las fiestas del matrimonio de S. A. R. la princesa María Pia con S. M. el rey de Portugal. Sus Altezas Imperiales el príncipe Napoleón y la princesa Clotilde llegaron á Génova el miércoles 24 de setiembre, por la mañana, á bordo de su yacate *Jerónimo Napoleon*. Al desembarcar fueron recibidos por SS. AA. RR. los príncipes Huberto y Amadeo, y despues de haber almorzado en palacio, subieron al tren real que debia conducirlos á Turin. A las cinco y media de la tarde, el convoy que conducía á



Llegada de SS. AA. II. el príncipe Napoleon y la princesa Clotilde á la estacion de Turin.



Celebracion del matrimonio de S. A. R. la princesa Pia y de S. M. el rey de Portugal representado por S. A. R. el príncipe de Cariñan en la capilla real de Turin.

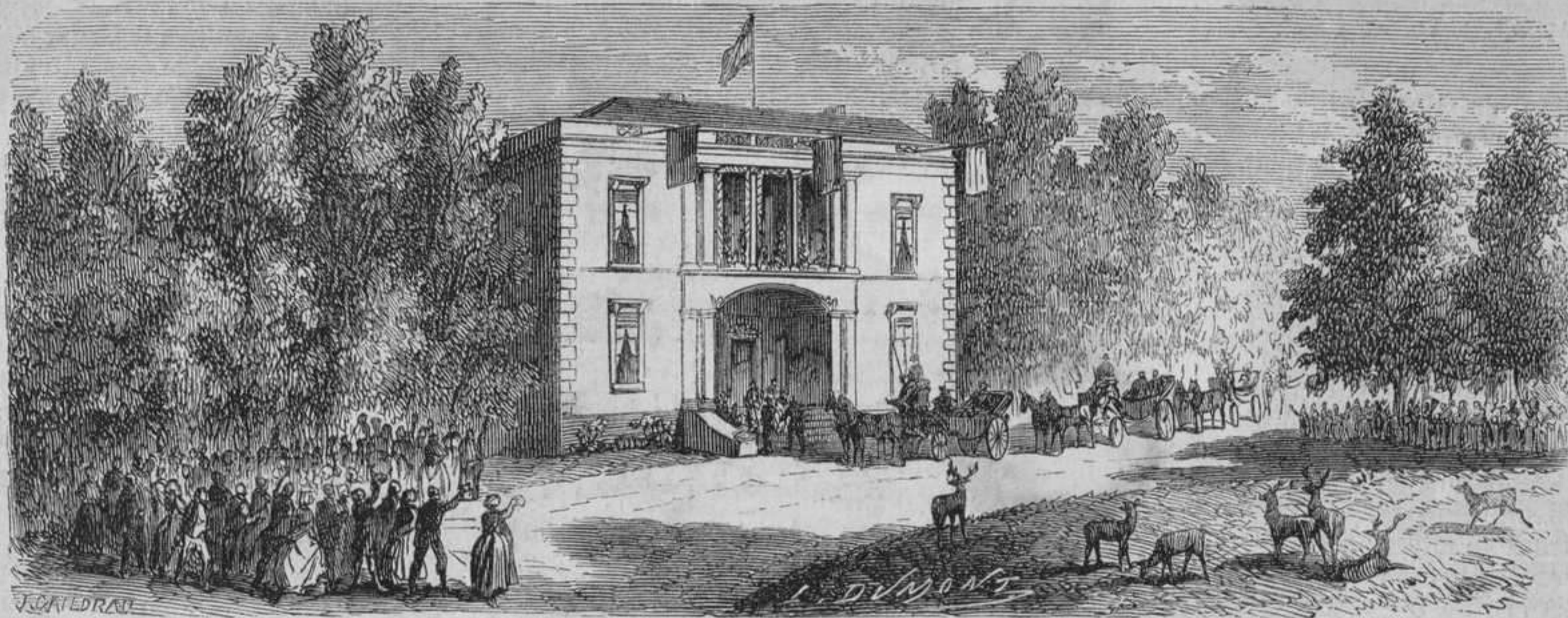


Llegada de S. M. el rey de los Países Bajos al Zype (isla de Schouwen).

SS. AA. RR. entraba en la estacion, donde les esperaban S. M. el rey de Italia, S. A. R. la princesa Maria Pia y S. A. R. el príncipe de Cariñan.

Por primera vez despues de tres años la princesa Clotilde tenia la satisfaccion de ver á su augusta familia, y en el rostro de S. A. I. se revelaba una profunda emocion. La poblacion de Turin recibió con mucha simpatia á sus ilustres huéspedes, que se dirigieron inmediatamente á palacio en el mismo coche que S. M. el rey y S. A. R. la princesa Maria Pia.

Al día siguiente, juéves



S. M. el rey de los Países Bajos en la casa de campo de M. de Jonge van Ellemeet.

25, se firmó solemnemente el contrato de matrimonio; acompañaban al rey en este acto todos los individuos de su familia. Su Excelencia el marqués de Soulé, comisario extraordinario, representante de S. M. el rey de Portugal, iba acompañado de todo el personal de su embajada y de S. E. la duquesa de Terceira, primera dama de honor de la futura reina. Despues de la ceremonia, S. A. R. la princesa Maria Pia recibió á los representantes extranjeros acreditados en Turin y á sus señoras.

El juéves 25 de setiembre por la mañana, la princesa



El nuevo hospicio de Sainte-Perrine en Auteuil (Paris).

Matilde, á quien S. M. el rey habia invitado especialmente para las fiestas del matrimonio, llegó á las once á Turin, procedente de su residencia del lago Mayor. Su Alteza Real el príncipe de Carignan salió á recibirla á Arona. Recibida en la estación por SS. AA. II. el príncipe Napoleón y la princesa Clotilde, y por el ministro del emperador en Turin, la augusta princesa fué acompañada á palacio, donde el rey y S. A. R. la princesa María Pia la esperaban al pie de la escalera y la acompañaron á sus habitaciones. Su Alteza Imperial, después de almorzar con SS. AA. II. el príncipe Napoleón y la princesa Clotilde, fué á visitar á SS. AA. RR. las princesas María Pia y la duquesa de Génova; luego recibió á toda la servidumbre militar del rey. Fueron destinados al servicio de S. A. I. la condesa Vimercati, el general de la Roca, ayudante de campo del rey, y el conde Panissera, maestro de ceremonias. Por la noche hubo en palacio un gran concierto.

El 27 á las diez y media de la mañana, se celebró en la gran capilla interior de palacio el matrimonio de S. A. R. la princesa María Pia, que habia sido conducida al altar por el príncipe de Carignan, que representaba por poderes á S. M. el rey de Portugal. El arzobispo de Génova, acompañado de los obispos de Biella, Cremona y Pignerol, dió la bendición nupcial, estando presentes S. M. el rey, SS. AA. RR. los príncipes sus hijos, SS. AA. II. el príncipe Napoleón y la princesa Clotilde, la princesa Matilde, S. A. R. la duquesa de Génova, los caballeros de la orden de la Anunciata, los presidentes del Senado y de la Cámara de diputados, los ministros y los principales dignatarios del Estado.

A la una de la tarde la servidumbre militar de S. M. fué á cumplimentar á S. A. I. la princesa Clotilde.

En la noche el ayuntamiento de Turin ofreció á S. M. la reina de Portugal una gran serenata en la plaza de Palacio.

El día siguiente el rey partió para Génova con toda la corte, y después de asistir por la noche á una función régia en el teatro de Carlos Félix, S. M. la reina de Portugal se embarcó el lunes, acompañándola hasta Lisboa S. A. R. el príncipe Huberto.

Viaje de S. M. el rey de los Países Bajos

A LA PROVINCIA DE ZELANDA, EN MAYO DE 1862.

Los dos dibujos que acompañan, debidos á un artista de Middelburgo, M. J. F. Schutz, pintor de marina de aquella ciudad, se refieren á la excursión que ha hecho el rey de los Países Bajos Guillermo III por la provincia de Zelanda.

Esta provincia, situada, como es sabido, en la embocadura del Mosa y del Escalda (Maas en Schelde), se compone de varias islas de gran fertilidad y del aspecto mas risueño.

En este reducido país, preservado del contacto de las grandes ciudades, se encuentran las antiguas costumbres, la sencillez de los pasados tiempos, la buena fe y el espíritu de nacionalidad que tiende á desaparecer con el amor á los viajes. Aquí el aldeano ha conservado en toda su pureza sus costumbres tradicionales, su dialecto y su traje que varia en las diferentes localidades.

El viajero que visita este país tan poco conocido todavía, puede fácilmente figurarse la época en que ese rincón de tierra se distinguió por su energía y su perseverancia, cuando mereció una hermosa página en la historia de los pueblos, y supo reconquistar su independencia elevando firmemente el estandarte de la reforma.

Para el zelandés, el nombre querido de la casa de Orange resume en sí solo las nobles prerogativas que conquistó tan valerosamente. Así era de ver el entusiasmo con que esas poblaciones acogieron la nueva de la próxima visita de su soberano.

A pesar de las tradiciones de su familia, y á pesar de sus propias simpatías, el rey Guillermo III no habia podido visitar esa parte de sus Estados desde su advenimiento al trono, por circunstancias independientes de su voluntad; pero al fin el deseo de sus súbditos y el nombramiento de un nuevo gobernador, decidieron á S. M. a ceder á un voto que tanto se armonizaba con sus sentimientos particulares.

El primero de nuestros dibujos representa el vapor real, de *Leeuw*, delante de la isla de Schouwen, en el Zype, punto donde comienza la Zelanda. El gobernador baron van Lynden, los miembros de la diputación permanente de la provincia, el ingeniero en jefe del Waterstaat, etc., se habian reunido para recibir á su soberano y conducirlo hasta la capital de la Zelanda, la ciudad de Middelburgo, residencia temporal del rey. El cielo borrascoso en un principio se aclaró por la tarde, y Guillermo III pudo hacer su entrada en la ciudad con un brillante sol y en medio de las aclamaciones de un pueblo ébrio de júbilo y de entusiasmo.

El segundo dibujo reproduce la llegada de S. M. al palacio de Overduin, perteneciente á M. de Jonge van Ellemeet, uno de los grandes hacendados de la provincia, antiguo miembro de la primera cámara de los Estados generales (*Staten generaal*) y comandante de la guardia de honor establecida para escoltar al rey durante su permanencia en Middelburgo.

Todo el contorno de esta habitación y los diferentes caminos que á ella conducen, estaban adornados con banderas que presentaban los colores nacionales de la

casa de Orange y del Wurtemberg. Una banda de música militar tocaba continuamente; numerosos paseantes de todas las clases de la sociedad circulaban por los bosquecillos, y un hermoso sol bañaba esta animada escena. Su Majestad, después de haber tomado parte en el almuerzo que se daba en su honor, y después de haber visitado los invernaderos, se confundió familiarmente con los grupos de aldeanos y aldeanas que se apiñaban para verle.

Por fin llegó la hora de la marcha, y esta se efectuó, no sin que el rey manifestara repetidas veces á los señores de Jonge van Ellemeet su satisfacción por la buena acogida que habia hallado en su casa, y al grito mil veces repetido de ¡Viva el rey!

La estancia del rey en Zelanda duró diez días, del 21 al 30 de mayo; pero este tiempo, bien corto en apariencia, bastó para estrechar mas aun los lazos que unen al soberano con sus súbditos.

C.

El hospicio de Sainte-Perrine.

La administración de la asistencia pública de París acaba de edificar, en el territorio del pueblo de Auteuil (16º distrito), una nueva casa de refugio para las personas de la institución fundada en Chaillot con el nombre de Sainte-Perrine, y cuyos terrenos van á recibir un nuevo destino.

La clientela de este utilísimo establecimiento se compone de personas de ambos sexos que han sufrido reveses de fortuna, pero que poseen aun algunos recursos, y que mediante una suma anual de 700 francos, encuentran al fin de sus días el sosiego y las comodidades que les faltarian en otra situación, sobre todo en París.

En Sainte-Perrine de Chaillot apenas habian 248 personas; en el nuevo establecimiento habrá capacidad para 293, y cada persona ocupará una habitación particular compuesta de una antesala, un cuarto y un gabinete. El aumento del número de camas tendrá por efecto abreviar los plazos de expectativa, pues las demandas de admisión son muy superiores al número de vacantes, prueba evidente de la utilidad de esta institución, que tiene por objeto proporcionar cierto bienestar á personas que después de haberse hallado en buena posición, han llegado á caer casi en la miseria.

Situado en una meseta que domina el Sena, este establecimiento se compone de una serie de pabellones reunidos entre sí por galerías cubiertas. Cada pabellón edificado sobre cuevas, para que no penetre en él la humedad, tiene un peristilo, de modo que las habitaciones del piso bajo se hallan por lo menos á 70 centímetros sobre la tierra.

La superficie del establecimiento, incluidos los patios, jardines y parque, es de 78,651 metros, cuya adquisición ha costado 651,129 fr. 65 cént. La superficie de la antigua casa era de 41,283 metros; y el gasto total se ha elevado á 2,245,782 fr. 23 cént., ó sean 8,009 fr. 35 cént. por persona. ¿Es poco ó es mucho? La cuestión no está aquí; lo importante es que el personal se halle bien alojado, bien alimentado y tratado, y en cuanto á esto, Sainte-Perrine no deja nada que desear. Al ver la elegante sencillez de esta casa, la acertada disposición de los locales para el uso comun y particular, mas bien se cree uno en un palacio que en un hospicio, y el visitante no puede menos de felicitar á los que han inaugurado este modo de asistencia tan honroso para los que la reciben como para aquellos que la han perfeccionado hasta ese punto. Si, Sainte-Perrine es una transformación de la caridad adecuada á las necesidades de la época; la insuficiencia de recursos no es la indigencia, y el verdadero objeto de la beneficencia pública es remediar las privaciones y los sufrimientos segun los medios y la posición social de los individuos.

Dos palabras de historia y concluimos. — En 1659 fué trasladado á Chaillot un convento de religiosas de la orden de San Agustín, y este establecimiento, llamado en un principio abadía de Santa Genoveva, y conocido luego con el nombre de Nuestra Señora de la Paz, tomó la denominación de Sainte-Perrine cuando en 1746 reunieron á esta comunidad la abadía de Sainte-Perrine de la Villette. En 1801 fundaron allí para 175 ancianos ó impedidos, y mediante una pensión ó un capital, el refugio que tomó el nombre de la abadía, y cuya dirección fué confiada en tiempo del imperio á la administración de los hospicios. La idea primitiva de la fundación es del tiempo de Chamousset; pero no se realizó durante la vida de su autor, por manera que la casa de refugio de Auteuil solo se refiere por el vocablo de una antigua abadía á la de Chaillot. Hay un nombre que trae á la memoria el recuerdo de la augusta bienhechora que hizo tantos servicios á los infortunados de todas las clases y de todos los partidos, y que contribuyó poderosamente á hacer efectiva la fundación, y este nombre se halla inscrito en el pabellón central de Sainte-Perrine: ¿porqué la casa no llevaria este nombre que es el de la emperatriz Josefina?

A. D.

Revista de París.

La corte no saldrá de Biarritz hasta mediados de octubre, y pasará directamente á Saint-Cloud sin detenerse en Tullerías,

para dirigirse después á Compiègne, donde permanecerá una buena parte del mes de noviembre. Dícese que en el intervalo de este último viaje se organizarán algunas grandes cacerías en las inmediaciones de París, sea en Marly, en Versailles ó en San German. Inútil es decir que estas cacerías son motivo de fiestas que cuentan en París un crecido número de aficionados.

Hemos entrado en la época en que el regreso del mundo elegante, que comienza á tener lugar en este mes de octubre, suele proporcionarnos algunas anécdotas; hé aquí la relación de una curiosa aventura que ocupa en este momento á la ciudad de Toulouse.

Un hombre muy conocido en ciertos círculos parisienses, en la Bolsa y el boulevard de los Italianos, á pesar de su inteligencia, actividad y honradez, habia visto siempre y siempre contraria á la fortuna en todas sus empresas. Convencido al fin de que habia nacido con mala estrella, se resignó filosóficamente con su suerte, y hasta tomó el partido de reirse quizá por no tener que llorar demasiado, como dice Figaro. Habiendo padecido mucho de un dolor reumático el pasado invierno, su médico le mandó este verano á los Pirineos, donde encontró á una señora muy anciana, muy llena de achaques y muy sola.

Esta pobre enferma, que le pareció á él en una posición humilde, le interesó, y como es hombre bondadoso y de un corazón excelente, fué con frecuencia á hacerla compañía. Muchas horas pasaban jugando á las cartas y conversando. La señora jugaba bien, habia conocido á mucha gente, sabia muchas cosas, y lo que en un principio habia sido una buena acción para el bolsista, llegó á ser en breve una diversión. Por esto aceptó gustoso el convite que ella le hizo á fines de julio, no solo de acompañarla á su palacio, cerca de Toulouse, sino tambien de quedarse con ella hasta la conclusion de la temporada. La pomposa palabra de palacio le hizo reir un poco al salir de aquella boca; pero pensando que la buena señora era del país de los gascones, no hizo caso de la andaluzada, y cuidó á la enferma durante todo el viaje, que hicieron caminando despacio.

Cuando llegaron á la habitación anunciada, la sorpresa de nuestro hombre llegó al colmo, pues se convenció por sus propios ojos de que la palabra palacio era justísima; tenia delante una hermosa posesión con ricas dependencias, una posesión que representaba por sí sola una gran fortuna. Además descubrió que la buena señora era caritativa, nada avara, y que si él la habia hallado sola, era por un exceso de independencia que tocaba á la extravagancia.

Un mes entero permaneció en su casa, y se proponia prolongar mucho mas su residencia, cuando una mañana le despertaron diciéndole que bajara inmediatamente al cuarto de la señora. Alarmado con el recado, salta de la cama y se dirige á la habitación de la enferma, á quien encuentra pálida, abatida, y como á punto de exhalar el último suspiro.

— Amigo, le dice, estoy muy mala; acabo de entrar en una de esas crisis que son mortales á mis años.

— ¿Qué dice Vd?... ¿No se ha llamado al médico?

— No se trata de médico, amigo mio; repito á Vd. que mi fin está próximo y quiero arreglar mis intereses.

— ¡Qué preocupacion! Piense Vd. en curarse...

— No me interrumpa Vd. Poseo una gran fortuna y no tengo mas que herederos colaterales, unos desconocidos para mí, y otros que me han dado justos motivos de queja... por consiguiente, dispondré de mi hacienda como me parezca, y he pensado en Vd... Sí, Vd. será mi heredero universal, con una sola condicion, que me reemplazará para hacer limosnas. No quiero llamar al escribano, porque temo vengán á turbar mis postreros instantes con recriminaciones y con súplicas; Vd. me ha dicho que conoce perfectamente los negocios ¿no es verdad?

— Sí, señora, lo he dicho...

— Pues hágame Vd. un testamento en toda regla, el borrador no mas, yo me siento con fuerzas para escribirle... pero despáchese usted.

Nuestro hombre aprovechando el consejo, subió en cuatro brincos la escalera de su cuarto, hizo el borrador que le pedian, y le llevó al punto á la enferma recomendándola que no añadiera ni quitara nada si queria que fuese válido.

Algunos momentos después volvia á verla,

— Al fin habrá Vd. vencido á la fortuna, amigo mio; ya es usted rico... pero no olvide Vd. mis pobres...

Y luego con una voz moribunda añadió:

— He copiado exactamente, y el testamento está ya en manos del señor cura... ¡Adios!...

Aquella misma noche moria.

Su amigo improvisado la lloró sinceramente; pero á pesar de sus lágrimas sentia en lo mas recóndito de su corazón una alegría imponderable, porque al fin se habia oscurecido en el horizonte su mala estrella.

Los colaterales de la difunta acudieron de todas partes, y cuando estuvieron reunidos se abrió el testamento entregado al cura, y en el cual se nombraba á M..., heredero universal.

¡Ay! El testamento era nulo.

El infortunado amigo de la anciana al hacer el borrador, habia dejado su nombre en blanco por discrecion, y la moribunda debilitada por el mal habia copiado el escrito exactamente palabra por palabra y sin echar de ver aquel vacío.

No sabemos si nuestros lectores habrán olvidado á un personaje singular llamado M. Home, que durante dos años llamó vivamente la atención de los parisienses con sus prodigios, y que por lo tanto figuró mas de una vez en estas revistas semanales. Hace tres ó cuatro años se casó, y desde entonces apenas se ha mostrado en París mas que cortos momentos. Hizo un viaje á Roma; se fué á casar á Rusia, y luego habitó ya en Inglaterra ó ya en Francia, en el palacio de Laroche (Dordogne), donde reside su cuñado el conde Koucheleff-Bedzborodko.

En la semana última su nombre ha salido de nuevo á relucir con la noticia de la muerte de su esposa, que acaba de fallecer á veinte y un años en el palacio de Laroche.

Esta señora era segunda hija del general ruso conde de Kroll, y habia sido su padrino de pila el emperador Nicolás. En la primavera de 1858 vió por primera vez en Roma al hombre sobrenatural que debia ser su marido, y en agosto del mismo año se celebraban sus bodas en San Petersburgo. El emperador Alejan-

dro quiso estar representado en la ceremonia por dos edecanes, é hizo el novio un magnífico regalo.

Poco tiempo despues este matrimonio tuvo un hijo, y se contó que á la venida al mundo de esta criatura habian presidido las circunstancias mas extraordinarias, como visiones, músicas celestes, claridades inverosímiles, etc., etc.

El emperador de Rusia, que se acordaba á menudo de M. Home, envió á la jóven madre una sortija de brillantes y esmeraldas.

Hace año y medio esta señora cayó enferma, y el facultativo llamado para asistirle declaró que su enfermedad era mortal.

Efectivamente, desde aquel día se fué empeorando; pero sin embargo, el « ángel de la muerte » no cerró de repente sus dedos sobre su presa, sino que al contrario, pareció complacerse en prolongar aquella especie de crepúsculo que ya no era la vida, y que aun no era la noche del eterno sueño.

« Por los primeros tiempos de su enfermedad, dice una relacion escrita por un testigo ocular y citada por M. H. de Pene, de quien tomamos estos pormenores, el sentido espiritual comenzó á desarrollarse en ella, y se puso en relaciones continuas con los habitantes del otro mundo. Los que ella veía mas á menudo eran su padre, su madre y la madre de su esposo. Todos estos la prodigaban las mas tiernas señales de cariño, y parecían tenderla los brazos en el umbral de la nueva estancia á que iba á ser llamada. Constantemente tenía tambien junto á su cabecera un espíritu femenino, que desconocía, y que un velo escondía á sus ojos, pero cuya presencia la aliviaba mucho. Sabía que este fiel guardián permanecería velado hasta que ella exhalase el último suspiro, y que el velo que le cubria caería entonces sobre el espíritu de ella para ocultarla la vista del dolor y de las lágrimas de aquellos que no hallarian ya sobre la cama mas que un yerto cadáver. En los últimos seis meses el velo disminuía como una cortina que se fuera levantando lentamente, y dejaba á descubierto primero los piés y luego el resto de la aparicion, poco á poco. Dos días antes de la hora suprema no quedaba del velo mas que una especie de turbante enroscado en la cabeza de la silenciosa amiga de la moribunda; sin embargo, una punta que colgaba del turbante la tapaba aun el rostro.

» Una vez que se hallaban reunidas ocho personas en el cuarto de la enferma, vieron la mano y todo el brazo del espíritu. Su aspecto era el de un cuerpo luminoso de una forma perfecta, y que cubria un velo trasparente.

» Un músico de talento, M. Magnus, que se contaba entonces entre los convidados del palacio de Laroche, tocaba varios ratos el piano á ruegos de la enferma. Su fisonomía tomaba á veces mientras duraba la música una expresion celeste, en tanto que sus dedos marcaban el compás sobre la sábana.

» Una tarde dijo al artista que habia dado fin á una pieza:

« — Hermosa música; pero en breve oiré otra que será mas hermosa aun.

» Muy á menudo al principio y al fin de su enfermedad, no solo ella, sino todos los que la rodeaban, oyeron deliciosas melodías ejecutadas por voces perfectas, y hasta distinguieron palabras que pertenecian á los cánticos de difuntos que están en uso en la Iglesia rusa.

» Por fin esta señora falleció el jueves 3 de julio, y el sábado siguiente su niño, de edad de tres años, despertó á su nodriza y la dijo:

« — He visto á mamá y está muy contenta; me ha dicho que mi tío Gregorio y mi tía Luba son mi padrino y mi madrina, que serán muy buenos para mí, y que tengo que quererlos mucho. »

La esposa de M. Home abrazó antes de morir la religion de su marido, que es católico romano, y el señor obispo de Perigueux tuvo á bien administrar en persona los santos sacramentos á la moribunda.

La semana teatral no ha ofrecido nada de notable. En los principales teatros de Paris se están ensayando nuevas producciones, pero hasta ahora continuamos con las piezas de verano. En los Italianos se ha celebrado la apertura con la *Norma*, cantada por la Penco, con la maestría que despliega en este papel, el primero sin duda alguna de los que componen su repertorio. El tenor Naudin hizo Pollion con un éxito mediano. Despues se ha dado la *Cenerentola* con la Alboni, que como de costumbre estuvo inimitable. Parece ser que oiremos muy pronto á la Frezzolini, quien conserva todavía en Paris numerosos apasionados. Se ha puesto en estudio una de las obras maestras de Mozart, *Così fan tutte*, cuyas diferentes partes han sido confiadas á las señoras Frezzolini, Battu y Alboni, y á los señores Naudin, Bartolini y Zucchini. — Esta ópera se llama en Paris una novedad, y lo es efectivamente, á fuerza de estar olvidada.

Paris va á tener por fin un salon de conciertos que se hallará á la altura de sus teatros. Hasta el día solo existen algunos locales como las salas de Herz y de Pleyel, demasiado reducidos y mezquinos para el incremento que ha tomado la música en nuestra época. El constructor del nuevo salon á que nos referimos es Mussard, el célebre Mussard, cuyo nombre solo basta para hacer la fortuna de una sociedad de conciertos.

En el mundo literario corre como muy válida la noticia de que está ya impreso en su mayor parte el primer tomo de la vida de Julio César, escrita por el emperador. Sin embargo, no se cree que la obra se publique próximamente por los grabados, cuya ejecucion corre á cargo de M. Henriquel Dupont. Se desea en este punto una perfeccion extraordinaria, y así ha sucedido que M. Ingres ha debido hacer tres veces el retrato de Julio César, sobre modelos de medallas y estatuas antiguas, á consecuencia de indicaciones y rectificaciones del autor.

La sociedad de aclimatacion se ocupa activamente de la exposicion universal de la raza canina, que debe efectuarse en abril próximo en el bosque de Boulogne. Los cazadores mas distinguidos de Francia han tenido á bien ofrecer su concurso aceptando el título de delegados de la comision principal en el departamento en que residen. Por lo que hace al extranjero, los cónsules franceses prestarán tambien su ayuda, á fin de que la proyectada exposicion reúna en Paris la variada coleccion de todas las especies caninas del globo. Al lado de las antiguas razas francesas, tan celebradas en otros tiempos, figurarán las que constituyen hoy el orgullo de los ingleses. La sociedad de ac-

matacion ha recibido ya algunos presentes, entre otros un bonito perro chino, presentado por un oficial de la última expedicion; varios dingos, ó perros monteses de la Australia, y algunos de los famosos galgos de la Siberia. Como los perros de lujo tendrán entrada igualmente en esta exposicion, los dueños de kings-charles, perritos habaneros y otras razas no menos estimadas en Paris, podrán gozar de los triunfos de sus favoritos. En suma, nada se descuida para que esta exposicion justifique el título de universal que se le ha dado.

MARIANO URRABIETA.

Real Academia española.

RESUMEN DE LAS ACTAS Y TAREAS DE LA MISMA EN EL AÑO ACADEMICO DE 1861 A 1862. LEIDO EN LA JUNTA PUBLICA DE 28 DE SETIEMBRE DE 1862 POR EL SECRETARIO PERPETUO DE LA MISMA CORPORACION, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Cuando á fines de junio de 1861 suspendió la Academia sus sesiones, siguiendo la costumbre de años anteriores y autorizada para ello por sus estatutos, quedó bastante adelantada la discusion del plan de reforma de nuestra gramática propuesto por una comision, y al cual, despues de examinado por la misma corporacion, y corregido en lo que viere ser conveniente, habria de atenderse otra comision que se nombraria para redactar de nuevo dicho libro, sometiéndolo en su día á ser por todos los académicos revisado. Llegar pronto al término de la indicada discusion preliminar fué, por tanto, y por ser materia de suyo tan preferente, la tarea en que puso mayor y mas asiduo conato la Academia luego que cesaron las vacaciones. La última base de las propuestas fué aprobada en junta de 17 de octubre del propio año, y en la siguiente se encargó la redaccion de la nueva gramática á los señores Segovia, Hartzenbusch, Monlau, Catalina y el autor de este resumen.

Llegó despues su turno entre los trabajos pendientes al examen de un proyecto de Diccionario de la rima que, entre otras condiciones puramente tipográficas, ó relativas al método que en la redaccion deberia seguirse, contenia las que siguen: encabezar el libro con un breve tratado de arte métrica: hacerle mas copioso de vocablos consonantes unos de otros que los publicados hasta el día, poniendo particular cuidado en reunir los mas escasos, raros y difiles, pues los de desinencias que abundan en nuestra lengua, facilmente ocurren aun á versificadores poco ejercitados: limitarse á simples referencias respecto de las voces que solo difieren en ser; si proceden de verbo: segundas ó terceras personas del mismo tiempo que en la primera se significa; si nombres, en ser plurales de los catalogados en singular; pero exceptuando de estos vocablos, que han de suprimirse por punto general, aquellos que riman con otros de diversa índole, v. gr. *clamen* con *dictámen*, *lides* con *Alcides*: aumentar considerablemente el número de nombres propios históricos, mitológicos ó geográficos, tan diminuto en otros vocabularios de la misma especie, dando la debida preferencia á los que dicen relacion con nuestra historia, nuestras costumbres, nuestro territorio, y no omitiendo entre ellos ninguno de singular ó muy rara terminacion: por ser en castellano muy inferiores en número á las llanas y agudas las desinencias esdrújulas, insertarlas todas dividiéndolas en tantas listas como varias son sus relativas asonancias, sin perjuicio de notar en forma conveniente las que consueñan entre sí, esto es, las que son perfectas rimas unas de otras.

Bien penetrada está la Academia de que un repertorio de este género no hará poeta á quien tal no haya nacido, ni dará siquiera facilidades para versificar á quien naturalmente no las tenga y con la lectura y el estudio no las aumente. Que la rima es *inspiradora*, pasa por proverbio; pero en la humilde opinion del que esto escribe, sucede lo contrario. La rima (la buena se entiende, la que oportunamente y sin violencia expresa lo que piensa ó siente el poeta) no es *inspiradora*, sino *inspirada*. Con todo pensamiento coincide, antes de formularlo, una palabra que nos le presenta mas eficaz, mas gráficamente que otras; y aun á los ingenios privilegiados, mas de una vez ocurren simultáneamente el pensamiento y su fórmula entera. Esta culminante palabra congénita de la idea, este nombre, que no es rima todavía, porque no lo es ninguno por sí solo, inspira, ó solicita por lo menos otro que sonando como él, armonice á los dos: el genio fortalecido con la instruccion lo halla sin esfuerzo las mas veces, y cuando no, sabe, á su despecho, tomar diverso rumbo y suplir con otros este primor del arte. ¿Será pues de poco ó ningun provecho un Diccionario de la rima, ya que los talentos distinguidos no le han menester, y que á los mediocres ha de dar menos auxilio que embarazo, pues el poco estro de que disponen corre peligro de evaporarse mientras leen una larga nómina de dicciones de idéntico sonido, y escogen entre ellas la que bien ó mal remedie su penuria?

No por cierto: antes bien porque no falta entre los profanos y entre los iniciados quien así lo crea, me delengo algo mas que en otros puntos de la presente reseña en el que ahora es objeto de ella. En primer lugar, aun para los mas expertos y hábiles en la versificacion, puede ser alguna vez, y sin duda lo ha sido ya, de suma utilidad consultar en una série de consonantes, or-

denada ya por estudiosa y paciente mano, el que á propósito cumplido para su idea no le sugiere su propia imaginacion, ó ni malo ni bueno le facilita. Además, un bien ordenado y abundante caudal de rimas da la medida de la riqueza y variedad de ellas en una lengua de su ductilidad eufónica, si se me permite llamarla así, y en esta cualidad ninguna aventaja á la de Castilla. Por último, el vocabulario de que tratamos será, tal como lo ha trazado la Academia, un gran depósito de voces, al cual podrán acudir, con mas fruto aun que á nuestro Diccionario vulgar, donde ningun nombre propio se incluye, los poco versados en la escritura y acentuacion de muchas voces. El 7 de noviembre se encomendó la redaccion del *Diccionario de la rima* á los señores Cueto, Tamayo y Rubí.

En el mismo día 7 de noviembre se acabó de examinar el programa de la nueva impresion del *Romancero del Cid*, anteriormente convenida, y entre otras cosas acordó la Academia que la edicion sea de lujo; que se siga en ella el orden cronológico, esto es, principiando como en la coleccion de Rivadeneira, por el romance que trata del suceso mas antiguo en la *Vida y hechos de Rodrigo (Non me juzguedes, etc)*, que se refiere al héroe cuando solo contaba diez años, y continuando por rigorosa antigüedad los relativos á sus posteriores hazañas y aventuras; que además de los ya publicados, comprenda la nueva coleccion los inéditos que puedan ser habidos, y que todos se incluyan en el texto y en un mismo grado de letra, aunque en dos ó mas se trate idéntico asunto; que lleve nuestra edicion el conveniente prólogo y cuantas notas puedan conducir á explicarla donde fuere necesario, aprovechando la mayor parte de las del citado Rivadeneira, las afinadas y discretas observaciones de nuestro difunto compañero Quintana, los juicios criticos de Duran, otro colega nuestro que aun felizmente vive y que tantas vigiliadas ha consagrado al juicio y restauracion de este interesante ramo de nuestra poesia popular, sin omitir la honorífica mencion que por mas de un concepto merecen las dos comedias que escribió Guillen de Castro sobre las *Mocedades del Cid*, y aun copiando en una nota la relacion que en la primera de ellas se hace de la afrente inferida á Diego Lainez por el conde Lozano. Esta reimpression del *Romancero del Cid* se confió en 14 de dicho mes á los señores Duran, Alcalá Galiano y marqués de Pidal.

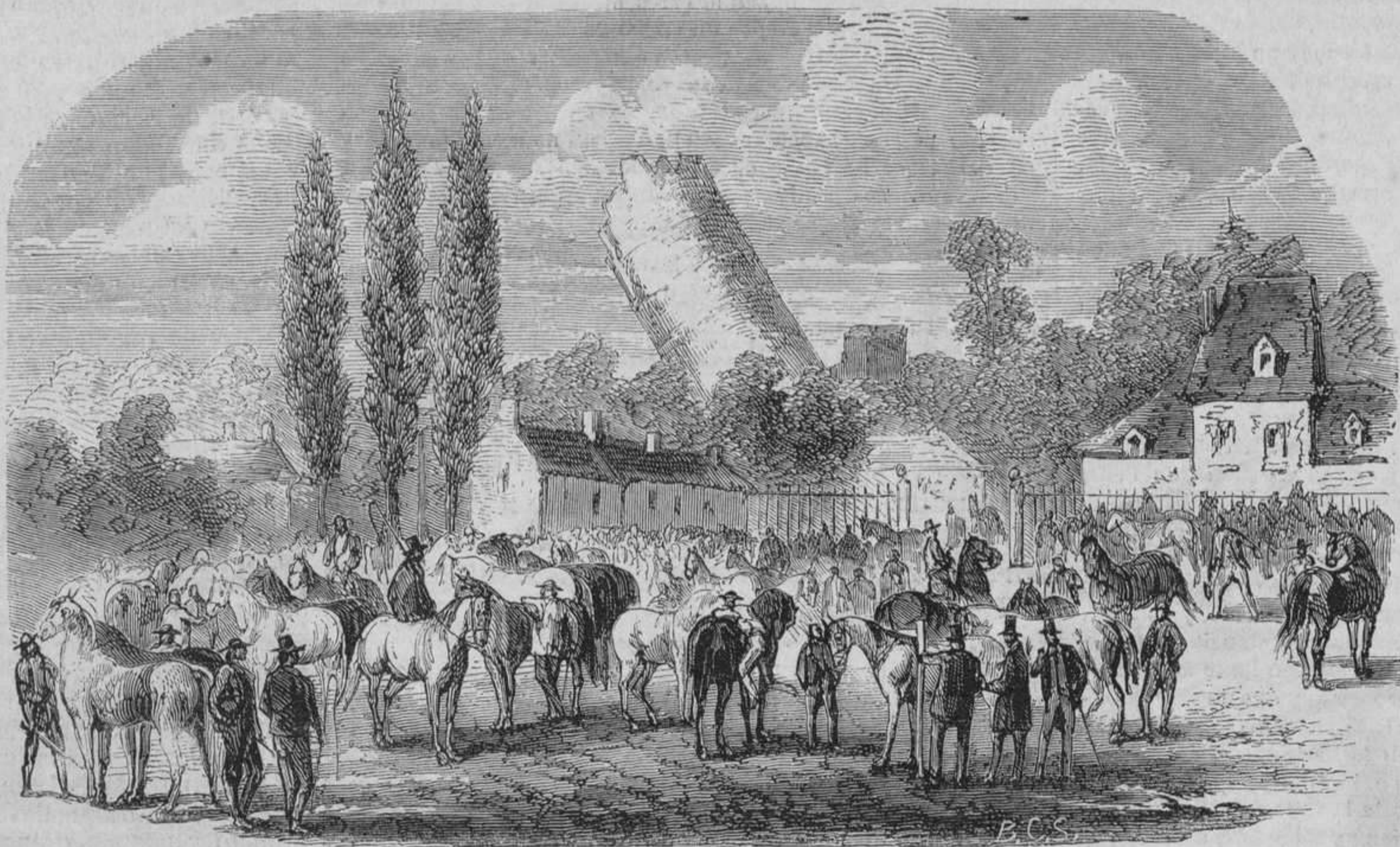
En el referido día 14 de noviembre se concluyó la revision de un proyecto de *Diccionario de voces y frases anticuadas de la lengua castellana*, y se determinó que, no solo conste de las que se usan todavía, sino que incluya tambien, y mas principalmente, las ya caducadas, ó que si se emplean es con significacion mas ó menos apartada de la que primitivamente tuvieron: que se publique por partes, y que estas sean tres, que á su tiempo formarán un cuerpo de obra, abarcando las vicisitudes de nuestro idioma genuino desde que principia á rastrear el romance castellano hasta el fin de la dinastia de Austria en España: que cada una de las tres partes se deslinde y precise como lo expresa el acta á que me refiero: que para la mejor confeccion de la obra mencionada sean consultados cuantos autores la puedan ilustrar, y especialmente los que en el acta se designan; y que en atencion á ser tan árdua y prolija la materia, se componga de siete individuos la comision que redacta el predicho Diccionario. En 21 de noviembre fueron nombrados para componerla los señores académicos Pacheco, marqués de Pidal, Cavada, Puente, Necedal, Rubí y Cutanda.

En el propio día 21 de noviembre se aprobaron las bases para la reimpression del *Poema del Cid*, que en 7 del mismo mes propuso el señor marqués de Pidal, ofreciendo franquear al intento el original de dicho poema que había tenido la buena suerte de adquirir, evitando con su diligencia que fuese á parar á manos extranjeras; oferta que este cuerpo literario admitió con satisfaccion y agradecimiento. Las bases establecen entre otros pormenores: que á la nueva edicion acompañen dos facsimiles; uno que reproduzca los primeros versos del poema para dar idea del código, y otro que represente al vivo los renglones últimos que contienen la fecha: que en un prólogo ó introduccion se den las noticias que haya del poema y de su antigüedad, se describa el código facilitado por dicho académico, y único que de la obra se conoce; se haga su juicio y detenido análisis; se compare al héroe con el Cid de la Crónica, etc., etc.: que al texto del poema, impreso en letra crecida, sigan en otra de menor grado las importantes notas históricas, filológicas y literarias que necesite y de que es muy merecedor, y que concluya el volumen con un glosario, á favor del cual no haya palabra en el libro que no pueda ser entendida de los lectores hasta donde alcancen los esfuerzos de la Academia. Encargados fueron de cumplir estos acuerdos el proponente y los señores Hartzenbusch y Mora, en junta de 5 de diciembre.

Propuestas por una comision nombrada al efecto las condiciones de una edicion del *Quijote* que excediese en lo ostentosa, y en los alicientes con que se exornase, á cuantas de aquella obra incomparable se han publicado hasta hoy, se terminó en 23 de diciembre la deliberacion acerca del plan indicado, segun el cual deberá llevar á su frente cada uno de los 126 capitulos una lámina nueva, y encabezarse la obra con una portada policromática (sin perjuicio de la impresa) para tributar al principio de nuestros escritores la ofrenda de este nuevo adelanto del arte tipográfico: han de exornar tambien la nueva edicion cuatro vistas sacadas por el método fotográfico: primera, de Alcalá de Henares; segunda, del puerto de Argel; tercera, de Argamasilla de Alba; cuarta, de la estatua de Cervantes erigida en

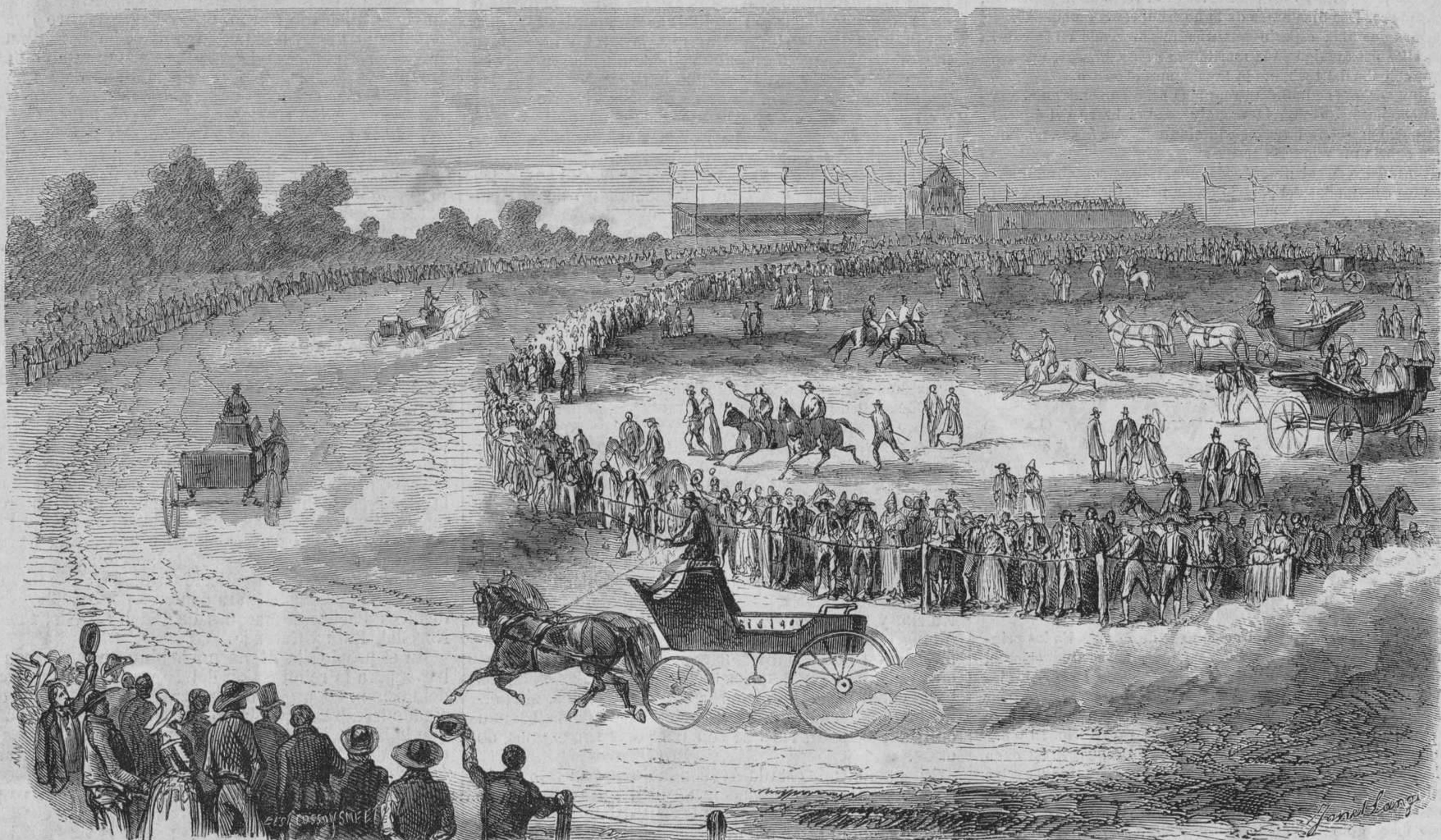
la plaza del Congreso; un mapa, mas correcto que el que existe, de los viajes del *Ingenioso Hidalgo*, un plano del combate de Lepanto, etc., etc. Con entusiasmo acogió la Academia el pensamiento en general y todos sus pormenores; mas para acordar que se acometiese desde luego tamaña empresa, opusieron fuertes obstáculos la imposibilidad de hallar dentro de nuestro pais papel y otros materiales adecuados á tan elevado designio; el escaso número de artistas españoles con que puede contarse para tantas láminas, y el enorme coste de la obra comparado con los fondos de que podemos disponer, harto afectados ya con otros proyectos de distinta naturaleza, algunos de los cuales están en via de ejecución.

Fuerza ha sido pues renunciar por ahora á realizar tan grandiosa idea, y varias consideraciones ate-



Carreras de caballos percherones. — Recepcion de los caballos antes de las carreras.

nuan el pesar que en ello experimenta este cuerpo literario. No hace un siglo todavía que dió á luz su grande edicion del mismo *Quijote*, tan elegante, tan lujosa como á la sazón pudo hacerla, y en 1819 publicó otra menos costosa, pero muy recomendable por acompañar á ella la vida de Cervantes escrita con notable acierto y en vista de fidedignos documentos por el benemérito académico don Martín Fernandez Navarrete: en Barcelona se acaba de imprimir otro *Quijote* de lujo; lo es también el que en la imprenta nacional reproducen los señores Moran y Dorregaray, á quienes esta Academia, anhelosa siempre de proteger y estimular en cuanto de ella depende todo esfuerzo individual ó colectivo que contribuya al lustre y progreso de las letras españolas, ha permitido gratuitamente el aprovechamiento de las láminas



Carreras de Mondoubleau el 14 de setiembre para los departamentos de Loir y Cher, Eure y Loir, Orne y Sarthe

que sirvieron para las estampas contenidas en la expresada grande edicion: por último, el acreditado tipógrafo don Manuel Rivadeneira ha emprendido otras dos ediciones de la propia insigne producción, una también de todo lujo, y otra manual, recomendada por la muy plausible circunstancia de imprimirse en Argamasilla, y en la misma casa en que escribió el insigne autor la primera parte del libro que le ha inmortalizado.

Además, bien ha probado este instituto cuánto venera y admira á Cervantes, acordando y costeando un religioso aniversario perpetuo para honrar su memoria, y todavía, dentro del año á que se extienden estos apuntes, ha mostrado tenerle muy presente en la suya con resolver en 16 de



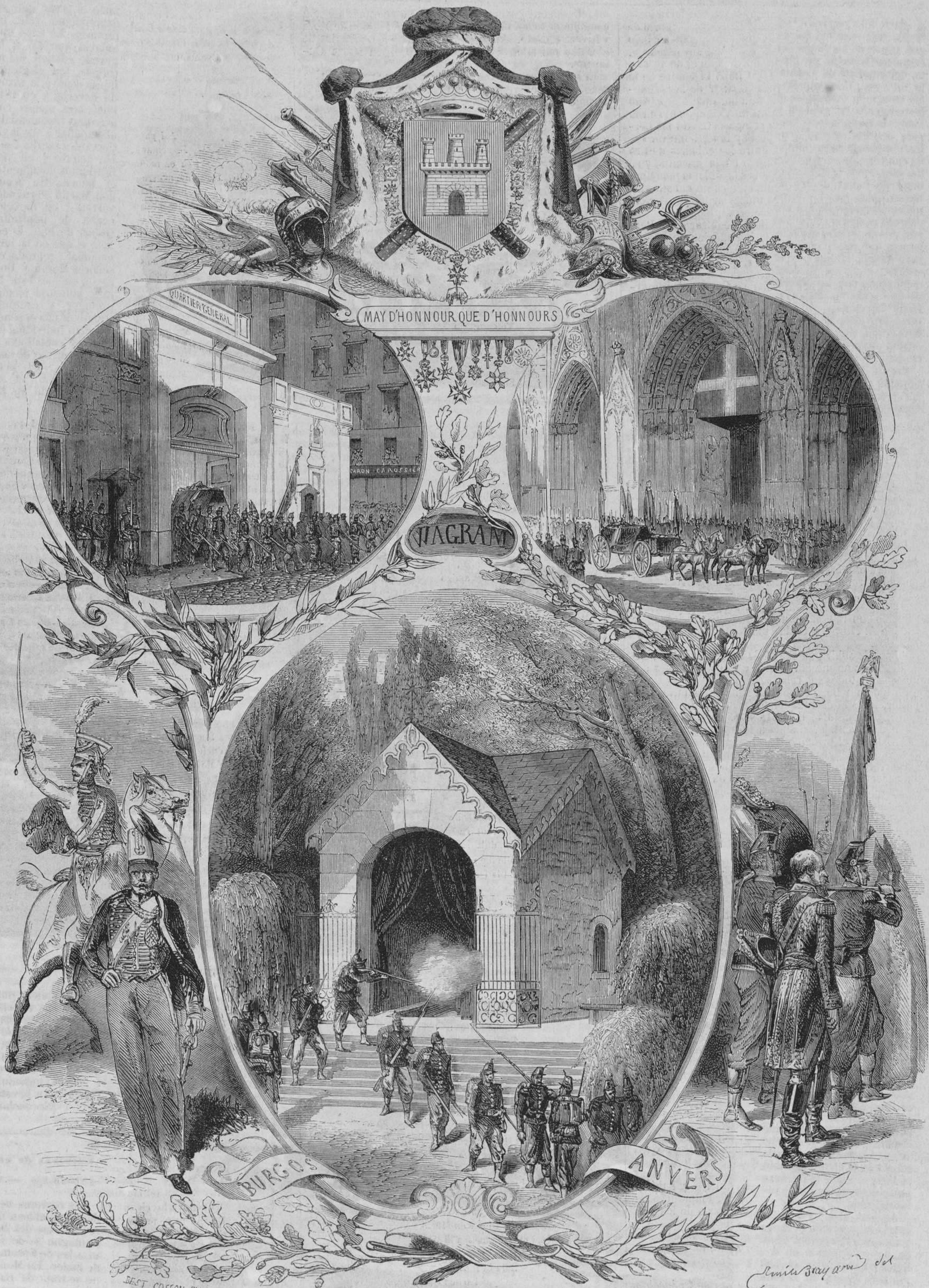
Carreras de Viroflay.

enero publicar una colección de sus novelas, comprendiendo en ella, no solo las *ejemplares* y la *Tia fingida*, sino también la *Galatea*, el *Pérsiles* y otros opúsculos ó escritos en prosa del mismo ingenio que convenga dar á la estampa. (Se concluirá.)

Carreras de caballos.

MONDOUBLEAU. — VIROFLAY.

Las carreras de caballos de Mondoubleau no se parecen á las del bosque de Boulogne ó de Chantilly, ni á las de Epsom, ni á las de Baden. En Mondoubleau no se trata de recorrer un kilómetro á gran velocidad, sino de conocer exactamente las fuerzas y calidades de un caballo.



Funerales del conde de Castellane, mariscal de Francia.

Mondoubleau es un pueblo del departamento de Loir y Cher, que posee un antiguo castillo y una torre inclinada, mas que la de Pisa, lo que constituye la gloria de Mondoubleau y el terror de los que se encuentran bajo esa torrecilla de Damocles. A mis ojos, sin embargo, Mondoubleau tiene otro mérito mayor que el de su castillo y su torre, y es que en él se halla el centro de la cria del caballo percheron, raza caballar de las primeras de Francia. « No hay en el mundo, dice á propósito de esta raza M. Villeroy, hombre muy competente en la materia, caballos que puedan compararse con los percherones, para los carros, la posta y la agricultura. »

El caballo percheron figura entre los caballos de tiro ligero. Su pelaje es gris de hierro en la juventud y se pone blanco con los años. La piel es flexible, el pelo fino, la crin larga y sedosa. Generalmente es un caballo dócil, y reúne á una gran fuerza muscular un paso veloz, lo que hace de él un caballo precioso.

La anglomania que ha intentado penetrar en el Perche, amenazaba esta raza con la inoculación de la sangre inglesa; y las tentativas de cruzamientos han producido resultados tan deplorables, que se ha formado una sociedad para conservar la raza en toda su pureza. De este modo la raza percherona se ha creado, desarrollado y perfeccionado por los cuidados de los ganaderos entregados á sus propias fuerzas, y sin infusión de sangre extraña. Por esto quizá es la primera de las razas indígenas francesas, y por esto tambien presentan mucho interés las carreras de Mondoubleau.

Trece años hace que estas carreras existen, y en ese tiempo ha habido 887 caballos empeñados, 575 han corrido. Este año, de 53 han entrado en la lid 46.

Las carreras de Mondoubleau no son ni steeple-chase, ni carreras de gran velocidad, sino carreras al trote; los caballos corren enganchados uno á otro, ó solos, ó montados. El primer tiro compuesto de dos yeguas enganchadas á un carruaje de cuatro ruedas, recorrió 4 kilómetros en 10 minutos 4 segundos. La carrera mas rápida fué hecha por una yegua de cinco años, que tardó 8 minutos en recorrer los 4 kilómetros. La velocidad media para los 46 animales que corrieron, fué de 8 minutos 58 segundos los 4 kilómetros. Estos resultados demuestran lo que puede esperarse de la raza percherona.

De Mondoubleau pasemos á Viroflay, que es una preciosa localidad situada á las faldas de Versalles, donde encontraremos una bonita fiesta dada, desde hace diez años, á sus administrados por M. Amadeo Dailly, alcalde del pueblo y representante del canton de Sevres en el consejo general de Sena y Oise.

El domingo 21 de setiembre el programa se habia embellecido con una carrera de gentlemen dirigida por el príncipe A. Murat, y en la cual tomaron parte fogosos caballos.

Tratábase de subir una cuesta de unos 500 metros, antes de llegar á una meseta donde caballos y jinetes debían desplegar todos sus recursos.

Después de un buen arranque, M. A. Adam, el hijo del pintor, llevó la carrera hasta lo alto de la meseta; pero en aquel punto le dejó atrás M. de Savigny, que conservaba su ventaja, cuando á 100 metros de distancia, M. Abeille y el príncipe Murat se adelantaron á sus competidores y llegaron al fin, primeramente M. Abeille.

Esta carrera admirablemente conducida, fué muy disputada; pues 1,500 metros recorridos con rapidez sobre un terreno dificultoso, manifiestan la energía de los jinetes que llegaron casi juntos. Después de un descanso de tres cuartos de hora hubo otra carrera, en la que el príncipe Murat salió victorioso.

V. B.

Don Florencio Balcarce.

La patria de los Varela, de Real de Azua, de Juan María Gutierrez, Dominguez, Luca, Cantillo y muchos otros poetas distinguidos, fué tambien la de Florencio Balcarce. Los porteños son naturalmente poetas, hemos dicho en otro lugar, y todas sus obras comprueban esta asercion.

Balcarce tuvo por padre á un hombre de espada, el valiente y patriota general don Antonio Gonzalez Balcarce. La familia de tan distinguido poeta se ha diseminado, y una gran parte de ella vive hace muchos años en Paris, donde se le tiené en alta estima en los mas escogidos círculos.

Corta tiene que ser la biografía de Florencio Balcarce, pues solo vivió veinte y cuatro años. Nació en fines del año de 1815, y murió el 16 de mayo de 1839. Pero si vivió poco, por fortuna suya, para no mezclarse en las ardientes luchas de los bandos políticos, vivió bastante para hacerse amar por sus virtudes y admirar por sus trabajos literarios.

Dos años antes de que ocurriese su muerte, y habiendo hecho sus estudios en Buenos Aires, emprendió un viaje á Europa, y en Paris oyó las lecciones de los mas hábiles profesores.

La filosofía y las humanidades eran de los estudios predilectos de Balcarce; y ayudado de un talento claro y de una fácil percepción, pronto avanzó en la carrera á que se habia dedicado.

Fruto de sus tempranas labores fueron su traducción del curso de filosofía de M. Laromiguiere, y unos cuantos artículos literarios y filosóficos dados á luz en las hojas periódicas de su país.

Balcarce empezó á publicar sus primeras poesías siendo muy joven, y mereció ser elogiado por hombres tan competentes como los señores don José Joaquín de Mora y Rivera Indarte. Mas tarde ha obtenido los sufragios de literatos tan afamados como el señor Juan María Gutierrez.

El *Lechero* es una composición donde se revela la rica vena, y en fácil verso se nota la chispa natural y el desparpajo de los veinte años.

I.

Por capricho
Soy soltero,
Que el lechero
Gozar debe libertad;
Y no tengo
Mas vestido
Que un bonete
Carcomido,
Y un ya raído chiripá.
Pero el mundo
Todo es mio:
Yo en un río
Sé nadar.
Yo en el campo soy un viento,
Y en el pueblo me presento
Sin deseos
Mas constantes
Que tener buenos marchantes
Que me vengan á comprar.

II.

Cuando apenas
Canta el gallo,
Mi caballo
Me levanto yo á ensillar:
Ningun otro
Va conmigo,
Ni conozco mas amigo
Que me sepa acompañar.
Y al oírme
De mañana
La ventana
Va á entornar
La que se habia dormido
Sobre su lecho mullido,
Y con hambre
Se despierta,
Y me busca
Mal cubierta
Para tener que almorzar.

III.

Si una bella
Por ventura
Con dulzura
En la calle me miró,
De la leche
Ya me olvido,
Y enamorado perdido
De amor solo entiendo yo.
Mas si alguna,
Desdeñosa,
Mostrarme osa
Desamor,
La digo claro que es fea,
Y me crea ó no me crea,
Yo marchó
Dando gritos:
Buena leche;
Marchantitos,
Buena leche vendo yo.

IV.

En invierno
Y en verano
Siempre gano
Para jugar y comer,
Y si acaso
Pierdo un día,
Espero en Dios y en María
Que otro día me irá bien:
Pues no todo
Sale bueno:
Se oye el trueno
Alguna vez:
Y si hoy mi caballo rueda,
Llegará día en que pueda

Del alcalde
Y el teniente
Hacer burla
Frente á frente
Cuando esté firme de piés.

V.

Así paso
La semana,
Y en mañana
No se me ocurre pensar.
Si es domingo
Voy á misa,
Y no me mudo camisa
Si no la puedo encontrar.
Soy en guerra
Montonero,
Soy lechero
Cuando hay paz.
Solo necesito y quiero
Tener pronto un parejero
En que pueda
Bien seguro
Si se ofrece
Algun apuro
No correr, sino volar.

La Fantasma es por el estilo de algunas de las de Pelegrin, en cuanto al arranque; pero nos gusta poco por el tono general, por lo exagerado de la expresión y por la manera como remata.

El romance *el Picaflor* tiene quintillas en que campean los buenos versos, la dición es correcta, y hay en la composición un aire tan lozano, que al instante se simpatiza con el autor.

Héla aquí:

Recien la aurora serena
Refleja en el horizonte,
Y ya de Silvia la pena
Entre los árboles suena
Y entre las hojas del monte.

Falso y cruel parte su amante
Sobre un oscuro fogoso
Con la risa en el semblante,
Y en el pecho de diamante
Indiferencia y reposo.

Suavemente sopla el viento,
Vuela alegre y trina el ave,
Y de la ninfa el lamento
Al son de triste instrumento
Resuena así con voz grave:

« Caballo oscuro, detente,
Detente, oscuro bridon,
Mira que mi pecho siente
Que tu galope inclemente
Me arrebató el corazón.

» Por Dios, caballo, modera,
Deten el paso veloz;
No te vayas, oye, espera,
Hasta que escuche esa fiera
Los acentos de mi voz.

» Pero ya miro en su mano
Al aire el látigo ondear,
Y mi lamento es ya vano,
Porque la espuela inhumano
Te ha clavado en el ijar.

» Revuélcate, oscuro mio,
Da con furia un tropezon,
Y que el ingrato, el impío,
Así pague el desden frio
Con que premia mi pasión.

» ¡Ay! ¡ en qué pensando estuve
Cuando á su voz me rendí!...
La negra á los cielos sube
De leve polvo una nube
Que lo separa de mí.

» Vete, ingrato, y que mis ojos
No te vuelvan á mirar,
Y en vez de rosas, abrojos,
Y en vez de amores, enojos
Solo encuentres por allá. »

Dice así la ninfa bella
Y sus ojos vierten llanto,
Y ya no siguen la huella
Del que arranca su querella,
Del que causa su quebranto.

Onde al viento el cabello
Como dorada serpiente,
Y le cubre el rostro bello,
Y se le enrosca en el cuello,
Y le acaricia la frente.

Queda pálido el semblante
Y su carmin pierde el labio:
Alumbra el sol mas radiante,
Y á lo lejos insultante
Repite el eco su agravio.

Al fin la trémula planta
Del triste sitio remueve,
Y un picaflor se levanta
Y al ver sus lágrimas canta,
Vuela, gira y se las bebe.

La Epístola á Victor Silva, el dia en que cantó la primera misa, á pesar de los lunares que en ella se notan, es de una valiente entonación. El arranque es muy feliz y ha merecido los valiosos elogios del inspirado poeta é ilustrado literato señor don Juan María Gutierrez. En esa poesía se halla un código completo de los deberes y de la misión del sacerdote. Es una composición inspirada por el espíritu del Evangelio y de una sana filosofía.

Veamos algunos fragmentos:

Humilla al polvo la elevada frente,
Y á Dios entona, oh Victor, alabanza,
Que él te extendió su mano omnipotente,
Y con paterno anhelo
Alzarte quiso á celestial bonanza.

Humíllate otra vez, Silva, pues santa
La misión es que el cielo te confía;
El Señor á otra esfera te levanta,
Y eres mas que mortal desde este día.
Tus ojos ven allá sobre los cielos
Por la mano de Dios con fuego escritos
Nuevos deberes hoy, nuevos desvelos:
Persecución sin tregua á los delitos,
A la virtud apoyo,
Y á la desgracia auxilios y consuelos.

Pronto herirá tu oído
En el pajizo albergue del cristiano
De la pobreza el lúgubre alarido,
Del infortunio el lamentar en vano.
Entonces tú desplegarás tu labio,
Entonces tú les tenderás la mano,
Y del abismo de miseria y duelo
En que abatido el corazón yacia,
Con tu consejo sabio
Alzar le harás á la bondad del cielo,
Y bendecir al Hacedor del día.

Tu voz entonces sonará inflexible
Contra el mortal ceñido
De sana pompa y mundanal ruido.
Bajad al polvo, clamareis, la frente,
Simulacros de cieno,
Que Dios es todo y el mortal es nada,
Y este mundo, esos astros, ese trueno
Dejarán de existir eternamente
Al sonar de su voz omnipotente.
¡Adorad al Señor, ciegos mortales!...
¡Bajad al polvo la orgullosa frente!...

En sus versos á *Florinda*, si no hay fuego, si se nota ausente la pasión, hay dulzura y donaire.
El cantor dice:

Jamás miró la aurora
Dos veces tus ojuelos
Dulces, risueños, relucir por mí.
Florinda triste llora...
Florinda abraza celos...
Florinda, ¡ay cielos! ¡me verá morir!...
No mas, Florinda mía,
No mas amargo llanto,
Amor es puro, es niño y jugueteon:
Su ruido es la alegría,
La música y el canto,
Y la honda paz de un manso corazón.
Si temes de tu amante
Traiciones algún día,
Si no le ves rendido ante tus piés,

No bañes tu semblante
Con llanto, amiga mía,
Mirale solo, y te amaré otra vez.

En el soneto al asesinato de Quiroga, el poeta halló la voz del patriotismo, la voz del corazón.

Su *Adios á la patria* es una sentidísima poesía: el bardo se sentía enfermo, — se alejaba de sus hogares, á los que solo debía volver para dejar de ser — y exhalaba triste y resignado su hermoso canto, como los últimos que es fama alza el cisne próximo á morir. Ese canto es triste, sí, como un suspiro, y sublime como una plegaria. Recordando el poeta que su patria estaba subyugada por un sanguinario tirano, entonaba valientes estrofas, que hacen notable contraste con las que le preceden y con las que le siguen. Su lira modulaba estas voces:

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal
Veré solo en torno desden altanero,
En vez de caricias y amor maternal.

Mas ¡ay! que á mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama de la otra mansion:
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un eco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la patria su oprobio me humilla:
Sus hijos dormidos la afrenta no ven:
Relumbra en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus piés.

¡Oh patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió:
Yo he sido como gota del agua que llueve,
Perdida de noche, que el polvo bebí.

Amigos, si os lleva tambien el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi huesa tened vuestro paso,
No todos, no todos se olviden de mí.

¡Adios, dulce sombra del techo paterno!
¡Adios, compañeros de infancia feliz!
¡Amigos queridos, mi adios es eterno!
¡Adios, Buenos Aires, mil veces y mil!

La canción á las bellas hijas de Buenos Aires es digna de todo elogio: teniendo por estro á tan admirables musas, el poeta tenía que alzar estos dulces cantos:

Las tiernas hijas del Plata
Mas frescas son que las flores:
Sus palabras son amores,
Dulce halago es su mirar.
¡Infeliz quien sus virtudes
Y quien sus gracias no admira!
¡Mas infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!

Manso viento,
Ten las alas un momento,
No me robes el contento.

Cual la lumbre que de noche
La luna esparce en los cielos,
Nos vierten ellas consuelos
En las horas de amargor.
Y si risueño el destino
Placeres nos atesora,
Son como flor que en la aurora
Nos embriaga con su olor.
Manso viento, etc.

Sus negros ojos alcanzan
De los amores la palma:
A través de ellos el alma
Se ve cándida brillar.
Como entre arena plateada
Refleja el nácar luciente
A través de la corriente
Del agosto Paraná.
Manso viento, etc.

Sus corazones abrigan
La pureza de su cielo,
La inocencia de su suelo,
Lo benigno de su sol.
Al picaflor ellas vencen
En viveza y en donaire,
Y les da la flor del aire
Su fragancia y su frescor.
Manso viento, etc.

¡Pobre de mí que ya nunca
Las veré en playa extranjera!
¡Pobre de mí cuando muera
Sin que me aliente su voz!
Si escribió suertes risueñas
Allá en su libro el Eterno,
Tambien cual noches de invierno
Oscuras las escribió.
Manso viento, etc.

¡Adios, estrellado cielo!
¡Adios, oh río argentino!
Donde me arrastre el destino
Serán tus hijas mi amor.

¿Cuál habrá entre ellas que un día
Mi oscuro nombre repita?...
¿Ningun corazón palpita
Cuando oye mi triste *Adios*?

Manso viento,
Ten las alas un momento,
No me robes el contento.

Los sáficos en la muerte de don José J. Carco, son cumplidos en la forma y altos en la concepción.

El Cigarro es una poesía verdaderamente americana, descriptiva y filosófica. Al leerla, lo mejor que se puede hacer es fumar un rico cigarro de Cabañas y repetir esos gratos versos del amable poeta porteño:

En la cresta de una loma
Se alza un ombú corpulento
Que alumbra el sol cuando asoma,
Y bate, si sopla el viento.
Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansion pacífica, donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno sus nietos mira
Y sus labios casi yertos,
« ¡Feliz, dicen, quien respira
El aire de los desiertos!
Puedo al fin, aunque en la mano
Bebiendo á falta de jarro,
Entre mis nietos, anciano,
Fumar en paz mi cigarro.

Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo
Tan libres como los vientos
Y sin mas Dios que el del cielo.
Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro;
A quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.

Por la gloria fui soldado
Y seguí nuestras banderas
En el campo ensangrentado
Y en las altas cordilleras.
Aun mi planta está grabada
En la tumba de Pizarro:
¿Pero qué es la gloria? Nada
Mas que el humo del cigarro.

No siempre movió en mi frente
El Pampero fria cana:
El mirar mio fué ardiente;
Mi faz rugosa, lozana;
La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro,
Pero ya, ¿qué soy? Apenas
La ceniza de un cigarro.

¿Qué nos dejan en sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz, negras querellas,
Por placeres, sinsabores.
El pueblo al que ha perecido
Desprecia mas que á un guijarro,
Como yo tiro y olvido
El pucho de mi cigarro.

Las horas viví sencillas
Sin correr tras la tormenta,
Ni doblar vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.
No habita la Paz mas casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadla, que todo pasa
Y el hombre como un cigarro. »

Balcarce murió cuando mas prometía á su patria y á la literatura; pero las piezas que dejó son bastantes para que siempre viva en la memoria y el respeto de los amigos de las letras.

J. M. TORRES CAICEDO.

Exposicion de Lóndres.

LOS EVANGELIOS ILUSTRADOS DE LA IMPRENTA IMPERIAL DE PARIS.

La imprenta imperial de Paris habia enviado á la Exposicion universal de 1855 un ejemplar de una magni-

fica edición de la *Imitacion de Jesucristo*, que obtuvo la gran medalla de honor.

Cuando M. Anselmo Petetin fué nombrado director de la imprenta imperial en reemplazo de M. de Saint-Georges, nada se había dispuesto aun para la Exposición universal de Londres del año actual, y á consecuencia de circunstancias que sería largo enumerar, solo en diciembre último, esto es, cinco meses antes de la apertura, pensó M. Petetin en hacer una edición de los *Evangelios*, una verdadera obra maestra tipográfica, y recibió la autorización correspondiente para emprenderla. Al punto M. Petetin distribuyó á los artistas y á los obreros el trabajo que no se interrumpió ni de día ni de noche, y así fué que á la apertura de la Exposición estaba concluida esta magnífica obra, este monumento del arte tipográfico.

Los caracteres, la justificación y la forma de los *Evangelios* son idénticos á los de la *Imitacion*, obra de la que no se tiraron mas de cien ejemplares que se venden á cuatro mil francos cada uno. La imprenta imperial había formado el propósito de resumir, mediante el dibujo mas firme y las líneas mas puras y sobrias, el sentido mas elevado de los ochenta y nueve capítulos de los cuatro evangelistas: digamos desde luego que el mejor éxito ha coronado su idea.

La ejecución de los dibujos que adornan este libro excepcional, este libro de gran lujo, se confió á cuatro artistas que todos ellos habían ganado el premio de Roma, á saber: M. Barrias para San Mateo; M. Leprieux para San Marcos; M. Bouquereau para San Lucas, y M. Biennoury para San Juan.

M. H. Lehman ha dibujado la figura de los cuatro evangelistas, y M. Lienard se encargó de los adornos accesorios. Estos dibujos fueron entregados á grabadores de primera nota, y hé ahí como ese libro de una tipografía espléndida es también una maravilla de dibujos y de grabados en madera.

En lugar de limitarse esta vez, como cuando se trató de la *Imitacion*, á una tirada de cien ejemplares, la imprenta imperial decidió que pondría en venta trescientos ejemplares de los *Evangelios* á precio de 450 francos cada uno. La medida es digna de elogio, pues el poner semejante libro al alcance de los aficionados es hacer un verdadero servicio al arte.

En estas páginas verán nuestros lectores algunos de los dibujos que adornan esa preciosa edición de los *Evangelios*.

Además de esta obra, la imprenta imperial ha enviado también á la Exposición de Londres unos ciento cuarenta libros que se recomiendan no tanto por el lujo del papel y de los caracteres cuanto por la pureza de los textos.

Esta hermosa y rica colección se compone en su mayor parte de las grandes publicaciones ordenadas por el gobierno, de los trabajos científicos y literarios dados á luz por el Instituto, y de las obras publicadas gratuitamente por la imprenta imperial.

Por último, en su exposición figuran igualmente muestras de litografía, de música, de electrotipia y de caracteres extranjeros.

P. P.



La huida á Egipto.

una familia que se perpetuará en nuestra ciudad de Tarso, mientras Tarso exista.

A esto el judío contestó:

— ¿Y cuánto vale tu tienda? Posees dos ó tres chaquetas que te han devuelto tus parroquianos, un par de

consigo mismo, triste y ocupándose sin cesar en acumular cequi sobre cequi, *mahbud* sobre *mahbud*.

Por consiguiente, confirmado para él que cuando se ha llegado á la edad media de la vida no queda ya otro amor que el del oro en todo corazón humano, dijo al sastre:

— Que haya igualdad en la apuesta. Yo pongo quinientas piastras contra otras quinientas á que de aquí á cinco años no se habrá casado el mercader Matías.

— Está corriente, exclamó el sastre.

Llamaron á los vecinos como testigos, y todos se rieron de ellos porque habían hecho una apuesta tan absurda.

Matías no tardó en saber lo que había pasado acerca de su persona entre el cambista judío y el sastre protestante.

Al atravesar el bazar, se detuvo delante de la tienda de este último, y le dijo con aire severo:

— Imprudente, ¿porqué has arriesgado mas de lo que tienes sobre un porvenir que solo conoce el cielo? No he visto á ninguna jóven que haya hecho palpar mi corazón; puedes estar seguro de que serás la presa de ese judío.

— Señor, respondió el sastre sonriendo, le es imposible á un hombre honrado permanecer solo toda su vida. Si quieres venir á mi casa para ver á mi mujer y á mi niño Jorge, á quien la negrita Zarefath hace bailar entre sus brazos, te digo que cambiarás de opinion, y querrás ser tan dichoso como yo lo soy. Quizá no has mirado bien en tu derredor; yo no te citaré mas que á Nirian, la hija de nuestro tahonero, que es bella, alta y majestuosa como una matrona; creo que te convendría maravillosamente, y si lo deseas, mi mujer irá esta noche á hacerla una proposición de tu parte.

Matías frunció primero el ceño, pero acabó por menear la cabeza al marcharse, con el aire de un hombre que no se vuelve atrás de lo que ha dicho.

El judío se reía en sus barbas y dijo al sastre:

— Hanna, ¿por cuánto quieres anular la apuesta? Vamos, entrégame cien monedas de plata y te perdono lo demás.

Pero el sastre repuso:

— En cinco años suceden muchas cosas; esperemos.

Sin embargo, Matías se hallaba menos seguro de sí mismo de lo que quería aparentar. A consecuencia de aquella conversacion comenzó á pensar que quizá el sastre tenía razón, y que pasaba una vida muy triste en la soledad.

— Dios no ha creado al hombre para que viva solo, se dijo; mas tarde podría sentirlo... sería mejor que tomara una compañera... pero ¿dónde hallarla? Entre todas las jóvenes frívolas de Tarso, ¿hay una sola con quien no me vería yo mas aislado aun que en presencia de mi mismo? Sus madres no

han enseñado mas que el amor al vestido y á su propia persona. ¿Cómo esas naturalezas egoístas y caprichosas hallarían el menor gusto en la sociedad de un hombre que despues de haber sufrido tantas penas en este mundo, querría esperar el otro en medio de una vida paciente y sosegada?

Estas reflexiones conmovieron á Matías, aunque sin hacerle mas desgraciado. Hasta fueron una distracción para su alma demasiado absorbida en el mismo pensamiento monótono.

Ya no se ocupó exclusivamente de las mismas ideas, sino que arrojó en su derredor miradas mas curiosas, frecuentó las casas de sus amigos, y por segunda vez estudió las perfecciones y los defectos de sus hijas.

Al instante adivinaron



Jesus en el pais de los gerasenos.

Cuentos de Carlos Dickens.

EL CORAZON DEL MERCADER.

(Conclusion.)

El opulento mercader era con frecuencia objeto de las conversaciones de los tenderos menudos del bazar.

Una tarde Hanna, el sastre protestante, dirigiéndose á su vecino el cambista judío, le gritó:

— Vecino, apuesto el valor de mi tienda á que el mercader Matías se consolará en el matrimonio; apuesto á que elegirá á la mas hermosa de nuestras muchachas, y que fundará

tijeras viejas, un banquillo cojo, algunos ovillos de hilo... ¿y qué mas?... creo que nada mas... no arriesgas mucho con la apuesta.

El sastre protestante se mordió los labios y luego replicó:



Jesus sanando á un paralítico.

sus fines y se chanceaba diciendo:

— Quiere salvar al sastre de su ruina.

El judío tuvo que sufrir su parte de las burlas cuando iban a cambiar dinero a su mostrador.

Sin embargo, aunque Matias vió mas de una jóven hechicera que le dirigió la vista con interés, no descubrió ninguna que hablase a su corazón. De repente se retiró de la sociedad, se encerró en su palacio, y durante un año no recibió a nadie, y vivió entregado de nuevo a su humor melancólico.

Pero hé aqui que al cabo de este tiempo Matias volvió a sentir el enojo de la soledad; entonces quiso acordarse al menos la distracción del paseo, y en efecto, todas las mañanas mandaba ensillar su mula, se dirigía a las montañas, y apeándose allí, erraba entre las rocas y los barrancos, esperando para volverse a que el sol declinara hacia el ocaso.

Una vez, seducido por un fresco valle, se fué tan lejos que no pudo volver antes de la noche al lugar en donde había dejado su montura, confiada a su sirviente. Despues de haber reconocido que se había extraviado, se vió reducido a entrar en una caverna para pasar la noche, y se durmió, no despertándose hasta la mañana siguiente, cuando penetraron los primeros rayos del sol al través de una grieta de la roca.

Matias se levantó, y despues de hacer su oracion de la mañana, bajó a una hermosa pradera regada por un riachuelo cuya fuente salia de una garganta próxima.

Mientras el mercader trataba de reconocer su camino, distinguió a una jóven ocupada en perseguir a una vaca que se le había escapado, y que corría en direccion a la caverna con su cuerda enroscada en torno de sus astas.

— ¡Ah! exclamó Matias, puesto que ese animal viene hácia mí, quiero detenerle, y la que le guarda me indicará el camino de Tarso.

Se recogió pues su vestidura oriental, y como era hombre vigoroso, no temió correr en pos de la vaca que se había escapado mas bien para retozar que para huir, y que acabó por dejarse coger por Matias.

— ¡Que el cielo te bendiga, buen hombre! exclamó la moza sofocada, desenredando la cuerda de las astas de la vaca para llevársela. Si hubiera perdido a Naharah, me habrian castigado.

— ¿Y quién habria tenido valor para castigarte, hija mia? la preguntó Matias admirando su delicada hermosura.

— Los frailes, respondió tirando de la cuerda de la vaca. Muchas gracias pues, robusto y complaciente desconocido.

Matias se olvidó de averiguar cuál era el camino de Tarso, y se puso a andar junto a la jóven dirigiéndola muchas preguntas.

Supo que era hija de un siervo perteneciente a un monasterio situado en aquellas montañas, y que su trabajo consistia en llevar a pastar las vacas todas las mañanas.

— No me acompañeis mas, le dijo cuando se encontraron a la entrada de la garganta en donde nacia el riachuelo; me está prohibido hablar con nadie.

Matias se interrumpió un instante en sus reflexiones; preguntó su camino, se despidió de la jóven vaquera y se volvió a su palacio con el alma llena de una sola imagen.

— A la verdad, se me ha olvidado preguntar el nombre de esa moza, se dijo al otro día; es preciso que lo sepa para enviarla una recompensa.

Y bajo este frívolo pretexto montó en su mula, la dirigió hácia la montaña, dió su paseo ordinario, halló la caverna, pasó en ella la noche, y antes de amanecer, ya se encontraba en el prado.



Parábola del sembrador.

Matias descubrió muy luego cuatro ó cinco vacas que salian de la garganta, y a la jóven que las empujaba delante de si, llevando por el ramal a la loca Naharah.

En cuanto la vaquera le reconoció, le dijo riendo:

orilla del agua, se reía tejiendo una guirnalda de flores para los cuernos de Naharah.

— No sabes tu nuevo oficio, dijo a Matias.

Y un poco avergonzado, Matias maldijo a la vaca negra que le habia hecho correr, imaginándose que acababa de hacerse ridículo a los ojos de la jóven.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes, se sentó a su lado, conversó alegremente, y supo que la vaquera se llamaba Carina.

Ya Matias habia formado en secreto la resolucio de casarse con ella... si ella queria... pues por mas que comparase su riqueza con la pobreza de Carina, tan grande era su modestia que aquel dia aun no se atrevió a declarar sus amores.

Se separaron al caer la tarde, y Matias prometió volver al dia siguiente.

Volvió en efecto, y durante algunas semanas continuaron estas entrevistas que hicieron disfrutar a Matias la verdadera felicidad, la única que hubiera conocido desde su primera juventud.

Por fin, un dia, armandose de valor, manifestó a la jóven que tenia intenciones de llevársela con él para hacerla su esposa y dueña de toda su fortuna.

— Señor, repuso ella con sorpresa y sencillez, ¿has perdido el juicio? ¿No sabes que yo he nacido hija de un siervo, que soy esclava, y que ningun poder humano puede libertarme?

— El dinero puede libertarte, contestó Matias.

— No, repuso la jóven, pues es un antiguo privilegio del monasterio que sus siervos y siervas le pertenezcan para siempre. Si un hombre libre pone sus ojos en una de nosotras para casarse, tiene que renunciar a su estado, y que hacerse esclavo del monasterio él y sus sucesores para siempre. Hé ahí porque yo no me casé el año pasado con Skandar el porquero, que ofrecia veinte puerco por mi libertad, pero que no quiso abandonar la suya.

Matias dió gracias al cielo en lo mas íntimo de su corazón, porque habia dotado al porquero Skandar con aquel espíritu de independenciam, y dijo sonriendo:

— Créeme, Carina, nadie resiste al dinero, y yo haré que seas mi esposa.

— ¡Tontería! respondió Carina meneando la cabeza; han rehusado veinte puercos.

— ¡Yo daré veinte talegas de oro, hija mia! exclamaba Matias irritado de su obstinacion.

Carina repuso que ella no valia tal cantidad, y que además aun cuando la valiera, seria perder el tiempo el regatear, pues los frailes no la venderian.

Entonces Matias se enfadó y dijo que podria comprar todo el convento.

Se engañaba. El monasterio de Selafka era el mas rico de todo el Oriente, y el prior que le gobernaba era el mas firme de todos los hombres.

Efectivamente, cuando se presentó Matias, cortó al instante sus proposiciones diciéndole que de ningun modo se podria redimir la libertad de Carina.

— Si quieres casarte con ella, añadió con una mirada que pareció satánica a Matias, tienes que darnos toda tu riqueza y ser nuestro siervo.

Con esta declaracion tan terminante el pobre ena-



Jesus sana a un leproso.

— Amigo, hoy no te necesito, a menos que no quieras llevar mis vacas a beber.

— Con mucho gusto, respondió Matias, tomando por lo serio la proposicion.

— Pero mira, replicó la jóven, si realmente quieres



El rico malo.



La mujer adúltera.

morado se volvió muy triste á Tarso diciéndose para sí :
—No puedo despojarme, no digo de toda la fortuna que he reunido con tanto trabajo, sino tampoco de mi libertad por amor á esa joven vaquera. Trataré de olvidarla.

Y para esto volvió á frecuentar sus relaciones paseándose por los bazares.

Cuando le vió el judío exclamó :

— Salud al hombre sabio que no quiere tomar el estorbo de una mujer.

Pero Matías frunció el ceño y volvió la cabeza; y luego, con gran sorpresa de todos los vecinos, se fué á sentar al lado del sastre, y tomándole la mano, le dijo á media voz :

— Cierra tu tienda, amigo mio, y llévame á tu casa para que vea á tu mujer y á tu hijo, como me has ofrecido.

— ¿Cuál de ellos? repuso el sastre, pues ahora tengo tres : Jorge, Lisbeth y Ana.

— Los veré á los tres, contestó Matías, así como también á la negra Zarefath.

— ¡Oh! respondió el sastre, la he dado su libertad, y está casada con el mercader de arroz, el de la tienda de la esquina...

— Parece ser, dijo Matías para sí, que es una ley del cielo que todo el mundo se case.

El sastre cerró su tienda, llevó á Matías á su domicilio y le enseñó su tesoro doméstico, esto es, su hermosa mujer con sus tres guapos niños; otra negra llamada Zarah, que habia reemplazado á la primera, estaba ocupada en amasar pan en el patio.

— Amigo mio, preguntó al sastre el rico mercader, ¿qué harías si los poderosos te dijeran que es preciso elegir entre todos estos caros objetos y tu libertad, renunciar á vivir con ellos ó vivir esclavo?

— La libertad es buena, respondió el sastre encogiéndose de hombros; sin embargo, se vive sin ella, y sin cariño no vive nadie.

Y sobre esto el rico mercader se volvió á su palacio, montó en su mula y se fué al monasterio donde halló reunida una numerosa asamblea. Uno de los frailes estaba en el pórtico, y á este se dirigió Matías diciéndole :

— He venido para renunciar á mi riqueza y á mi libertad á fin de casarme con Carina.

— Es tarde ya, contestó el monge; el porquero Skandar acaba de traer todos sus cerdos, ahora le echan la cadena al cuello en la capilla, y todos los que ves allí se han reunido para presenciar su casamiento con Carina.

Matías se pegó en el pecho con dolor, y apeándose atravesó por enmedio de la muchedumbre diciendo que aquel día no harían allí otro esclavo que él. El prior del monasterio acudió al ruido, y sabiendo de qué se trataba, dijo sonriendo :

— El porquero ha llegado antes.

Sin embargo, se opinó que debía consultarse la voluntad de Carina.

Preguntaron pues á esta lo que pensaba, y ella viéndose á los dos rivales igualmente decididos, condenó al infortunado porquero á quedar libre y dijo :

— Que echen la cadena al cuello del mercader.

La ceremonia tuvo lugar sin tardanza.

Dícese que Matías no sintió en modo alguno su pérdida riqueza, pues se hallaba demasiado absorbido en la contemplación de los hechizos de la hermosa Carina. La única estipulación que habia hecho, fué que le permitiesen ir al Prado con ella. Al otro día de sus bodas se encontró seriamente ocupado en conducir á Naharah y las demás vacas al abrevadero del pueblo.

Sin embargo, el gobernador de Tarso supo lo que le habia sucedido á Matías, y se encolerizó; mandó ensillar su mula, llamó á sus guardias, y escoltado militarmente llegó al monasterio donde hizo comparecer al prior.

— Has de saber, le dijo, que Matías es mi amigo y no puede ser tu esclavo, para que sus bienes pasen de la ciudad en que mando yo al monasterio. Matías es un ciudadano que no puedo perder de esa manera.

El agradecido gobernador hablaba así por causa de la bolsa y del collar de perlas que le habia regalado Matías, así como también por varios préstamos que le habia hecho el mercader en sus apuros. El prior del monasterio vió que el asunto era grave; sin embargo, despues de una corta conferencia el gobernador y el prior se despidieron muy amigos.

En consecuencia de esto, al cabo de un mes de servidumbre Matías y su mujer fueron llamados ante una asamblea de todos los frailes, y allí supieron que las condiciones impuestas á su casamiento no eran mas que una prueba. El mercader recibió su riqueza con su libertad, y se volvió á su palacio de Tarso en medio de una muchedumbre que se habia reunido para aplaudirle. Naturalmente hizo una donación al monasterio, y como era un hombre justo y generoso, no solo indemnizó al judío de la pérdida de su apuesta, sino que envió un regalo tan considerable al sastre, que este no tuvo ya necesidad de menear la aguja.

FIN DE LOS CUENTOS DE CARLOS DICKENS.

Una terrible prueba.

El día 10 de abril de 1764, velada del domingo de Ramos, era fiesta en el convento de las Ursulinas, cuyo edificio rodeado de vastas praderas, se elevaba sobre la

pendiente de un collado cerca de la villa de Maviello, y dominaba el risueño vallecillo desde donde se descubre á una distancia bastante grande el magnifico panorama de Florencia. Florencia, el jardín de la Italia; esa ciudad de las flores, de perfumes y de amor, donde la voluptuosidad parece mezclarse con la brisa embalsamada que se mece en el follaje de los naranjos durante las templadas tardes de una primavera eterna.

El alegre repique de las campanas del convento daba á la ciudad la señal de la ceremonia que se preparaba en la casa santa. Tras de las paredes del claustro las reclusas habian dado una modesta y última mirada al espejillo que preside á la colocación de las tocas y los velos : paseabanse de dos en dos con la gravedad conveniente por las calles sombrías del jardín de la comunidad, divisiéndose en ellas cierto abandono hácia la novedad del día; porque los conventos de entonces tenian sus noticias, sus fases políticas y sus revoluciones como las ciudades y los reinos. Estos diversos intereses de la vida monástica, por debatirse en un círculo menos limitado, no se discutian con menos calor, aunque la vivacidad de sus polémicas se oculten siempre bajo las formas de la discreción y recogimiento recomendadas á las hijas del Señor.

Por la parte exterior todo era vida y movimiento. Los habitantes de Maviello y de los lugares vecinos, vestidos de sus mejores trajes, se reunian en el pórtico é intermediaciones del convento y miraban con curiosidad los grupos de señoras y caballeros que llegaban en las suntuosas literas, ó (como la moda lo autorizaba entonces) sobre las hacaneas ricamente enjaezadas. Mas de un corazón rústico latía de envidia al ver los ricos vestidos que adornaban las comunes facciones de los habitantes de la ciudad; mientras que las miradas de los jóvenes elegantes expresaban al encontrar alguna linda aldeana, una admiración que las grandes señoras hubieran comprado de buena gana á costa de los mas preciosos adornos.

Los sitios reservados en la nave de la iglesia se llenaban poco á poco, y la plebe, contenida ante las grandes puertas, se disponía á invadir el circuito que la estaba destinado. Los ojos iban á alimentarse con el espectáculo de las pompas imponentes que despliega la Iglesia en las grandes ocasiones; los oídos iban á saborear el encanto de la música deliciosa, que habia dado un renombre particular al convento de las Ursulinas; el pensamiento se disponía de antemano á las impresiones místicas de una ceremonia fértil en emociones diversas, en donde la alegría de los santos desposorios debía mezclarse con los emblemas de la muerte; porque se trataba nada menos que de la toma de un velo.

La heredera de una de las casas mas nobles de Florencia se separaba del mundo para ejercer un ministerio mas duradero y mas brillante que el de feliz depositaria de un nombre que no podia transmitir á la posteridad. Pobre niña que se resignaba del mejor modo posible á la dicha de las escogidas, que aceptaba con una conciencia sumamente timorata las felicitaciones melancólicas de sus hermanas en Dios; que se esforzaba para exaltar su alma con el rezo y la meditación, á fin de hacerse digna del título pomposo de esposa del Señor, que iba á conferirle ante los altares, lanzando al mismo tiempo una mirada temblorosa sobre aquella triste paz del claustro, donde debían apagarse para siempre todos los ensueños de su juventud, todos los pensamientos de su porvenir; y ¡qué pensamientos, qué ensueños, justo cielo!

Sabido es cómo se verificaba en las comunidades de distinción la toma del velo. La esposa de Jesus adornada con los atavíos mas mundanos, con un ramo de flores de naranjo á un lado y el velo nupcial tendido, era presentada ante el coro. Allí trocaba sus vestidos lujosos por el burdo sayal del convento: sus largos cabellos caían bajo las tijeras; la guirnalda de rosas blancas dejaba sitio al capullo cerrado de monja; el rosario coronado por la cruz de madera y la calavera, reemplazaba para siempre á aquella cintura, cuyo ceñidor designaba un talle que debía desaparecer bien pronto á las miradas, pues la esposa moría para el mundo. Una fúnebre mortaja cubria su cuerpo, se recitaba sobre ella el oficio de difuntos, y cuando la religiosa se levantaba, la mujer habia desaparecido de la vida, ó mas bien, la mujer habia desaparecido para hacer lugar á la monja, cuyos pensamientos debían pertenecer al cielo.

Aquel día no debía faltar nada á la ceremonia. La novicia era bella y estaba adornada como una princesa que va á recibir la mano de un monarca. Los inciensoes esparcian sobre la asamblea su embriaguez ascética; el canto de los sacerdotes habia cesado, y una música celestial sucedió despues de algunos instantes, y mientras se cumplía el sacrificio de la esposa simbólica en medio de la conmoción general, una voz de serafín hacia temblar las bóvedas del edificio con unos acentos tan melodiosos y con una melancolía tan poderosa, que todos los ojos se llenaron de lagrimas.

Cuando se entonó el *Hossanna in excelsis*, la misma voz mudó su expresion de piadosa tristeza por un sentimiento de exaltación conveniente al himno que canta las alabanzas de Dios. El órgano, enérgico y sonoro, lanzaba en el espacio modulaciones que movían los corazones y los embriagaba con la santa exaltación de la cantatriz. Esta voz, así como todas las que habian escuchado durante la misa, era de una religiosa del convento.

El conde Ludovico Zamparella, joven de alto nacimiento y uno de los que dirigian la moda en Florencia, asistió con algunos de sus parientes á la ceremonia. Este era hermano de la novicia, y aunque estaba mas inte-

resado que ninguno en el resultado del sacrificio que estaba próximo á cumplirse, sus ojos estaban secos, y las fibras de su rostro encantador no demostraban ninguna conmoción. Mas el conde Ludovico a pesar de la impassibilidad estoica que se manifestaba en él desde el principio del oficio, era un amante demasiado esclarecido de las artes en general y en particular de la música, para mostrarse insensible á los divinos acentos de la voz que electrizaba á la asamblea. Cerca de él, y en su compañía se hallaba el señor Lugano, cantor en boga de Florencia, y cuyas sentencias respecto á la música eran sin apelación. Lugano, que tenia aquella constitucion febril y apasionada de los italianos, suspiraba y lloraba al escuchar aquellas magnificas ondulaciones de una melodía casi sobrehumana; hacia los mayores esfuerzos para reprimir, por respeto á la santidad del lugar, los trasportes de su entusiasmo; pero sus exclamaciones mal sofocadas y sus contorsiones mal retenidas excitaban á cada momento las réplicas semiserias del conde, que en otra circunstancia hubiera reído de buena gana; mas Ludovico estaba bajo el encanto de aquella voz celeste, temía perder la mas mínima inflexión, y la emoción que le dominaba habia elevado su espíritu burlesco y ligero hasta las sublimidades del pensamiento contemplativo y de la oración mental.

Cuando el oficio se concluyó y la turba enternecida fué lentamente deslizando y dividiendo al paso las impresiones de la ceremonia, con la hermosura incompatible de la voz que habia obtenido los aplausos aquella mañana, el conde Ludovico se quedó con algunos personajes de la mayor distinción, y fué admitido á una colación en donde figuraba, con la nueva religiosa, la monja que habia cantado los solos. Esta era una joven de cerca de veinte años, de una fisonomía severa y talle muy elevado, si bien era difícil apreciar en ella los contornos bajo la amplitud del ropaje de religiosa y los velos que ocultaban herméticamente todo lo que no era rostro; pero aquella alta estatura que hacia mas voluminoso é imponente un vestido sobrecargado de accesorios, su aire y marcha majestuosa daban á aquella joven el aspecto de un personaje digno de una atención particular.

El semblante de la novicia ofrecía aquel conjunto que caracteriza á la belleza italiana, si bien su hermosura era enérgica y casi masculina. Sus ojos eran grandes, al menos por lo que se podia juzgar por la línea que describían sus largas y suaves pestañas ligeramente encorvadas, porque la hermana tenia los ojos continuamente bajados hácia el pecho. Dos cejas de una espesura extrema, designaban una ligera curva cada una, cuyo intervalo estaba salpicado de un bello azulado; la frente, que debía dar un realce particular, estaba desgraciadamente oculta bajo una venda, cuya admirable blancura hacia resaltar singularmente el ébano del doble arco, ligeramente quebrado en su mitad; la nariz tenia la forma griega mas perfecta, sus aberturas eran dilatadas, y su extremada movilidad el único indicio de la animación de una fisonomía cuya expresion no engañaba; la boca era grande, sus labios poco colorados, pero de un dibujo severo, incapaz de mejorarse, estaban concluidos hácia la parte superior por una multitud de aquel mismo vello que ligaba las cejas, y la barba que completaba aquel rostro admirable formaba la extremidad regular de un óvalo perfectamente académico.

La tez de aquella joven ofrecía un matiz de blancura delicadamente moreno y carmesí, peculiar á las habitadoras de los claustros, y no ofrecía mas que una ligera alteración bajo el párpado, en donde formaba un círculo sombrío que indicaba las vigiliias, maceraciones y desconsuelos del alma bajo aquel nuevo y robusto manto.

— Aproxímaos, sor Angela, dijo la superiora, y recibid las felicitaciones de la ilustre sociedad, dirigiendo estos homenajes mundanos á Aquel de donde proceden todas las glorias.

A estas palabras multitud de alabanzas se escucharon en la sala. Sor Angela apareció cerradas contra su pecho las manos que tenia juntas, segun la costumbre del convento, bajo las anchas mangas de su hábito; hizo una profunda reverencia, y por la primera vez, al levantarse, tendió sobre la reunión una de aquellas miradas fascinadoras que parecen alumbradas por una luz misteriosa. Cada uno por su parte, al ver brillar aquella llama sombría y penetrante, saludó instintivamente. Lugano se prosternó como ante una divinidad, ocultando su rostro entre las plumas de su sombrero; el conde Zamparella, al contrario, quedó recto, pues apenas el respeto involuntario de que se sentía herido ante aquella bella y poderosa figura le dejaba raciocinar, y sus miradas se encontraron con las de la monja. Este examen reciproco fué rápido, pero completo. Sor Angela bajó los ojos y sus megillas se mancharon de una rafaga pasajera; ningún otro indicio anunció la menor atención en favor del conde.

Pero Ludovico quedó pensativo, y sus miradas no se apartaron de aquella fisonomía casi inanimada, de aquel rostro singular cuya hermosura problemática se asemejaba á los caracteres de un poema escritos en una lengua desconocida.

Durante el almuerzo, que fué corto y silencioso, la conversacion, severamente dirigida por la superiora, rodó sobre objetos piadosos. Se habló de la vocación tan santamente acendrada de la nueva hermana, se la felicitó por los favores que habia alcanzado de la gracia divina, y sobre la corona que la esperaba en el cielo. Se habló también del talento superior de sor Angela, y el prelado que habia oficiado durante la ceremonia y que presidia el festin, declaró con toda modestia que la bella

novicia había resucitado una de las glorias de santa Cecilia. Lugano, arrebatado por su indiscreto calor de artista, exclamó que sor Angela hubiera hecho la fortuna y el honor del teatro, y que merecía ser exaltada por la abnegación de su divino talento; el conde Zamparella no temió unir a esta alabanza dos ó tres palabras en honor de un sacrificio aun más esplendente, y que la abadesa interrumpió con una dignidad casi desdeñosa.

La abadesa era vieja, nunca había sido hermosa, y despreciaba casi de buena fe las ventajas que jamás había conocido, ó de las que hacía mucho tiempo se veía privada. Las jóvenes religiosas no fueron tan estóicas, y aunque sus figuras conservaban la misma impassibilidad, fué fácil á un observador tan ejercitado como Ludovico sorprender un ligero suspiro que acababa de espirar en los labios de sor Angela. En cuanto á su propia hermana, á la pobre desposada que acababa de aceptar un Esposo cuya majestad la helaba de espanto, á este Esposo fué dado solamente leer en el corazón quebrantado de la monja, los sentimientos que las alusiones de su hermano habían tan penosamente revelado.

Esta colación ceremoniosa que se permite por la etiqueta de los conventos á pesar de ser su regla la más estricta, no duró más que un cuarto de hora, y los convidados se separaron con la fría etiqueta que había precedido á su reunión. Sor Angela saludó segunda vez, volviendo á esparcirse sus miradas por la reunión y fijándose en las del conde. Esta vez el choque fué más enérgico, porque los dos se miraron con la libertad que resultaba de la reflexión, y cada uno se retiró en la convicción de que dejaba en un corazón conmovido el recuerdo profundo de aquella entrevista pasajera, que bajo ningún pretexto podía renovarse ya.

El conde Zamparella y su amigo Lugano dejaron en silencio las cercanías del convento en donde pisaban sus cabalgaduras, retirándose al galope como si hubiesen presentido la necesidad de poner algún intervaleo entre ellos y el objeto de sus meditaciones, antes de pensar en un desahogo que su amistad hacía tan natural.

— ¡El diablo de la yegua! dijo el conde reteniendo la brida á su fogoso animal que comenzaba á calentarse en la carrera y cuyo ardor hacía inútil la destreza: tiene el trote duro como un caballo de tiro. Voy á volvérsela á Genaro que me la ha vendido, ó á echarla para la servidumbre, porque no sirve para otra cosa.

El caballero dió con su látigo sobre las orejas del pobre bicho, y dándole al mismo tiempo con la espuela la hizo parar. La yegua sacudió su hermosa crin en señal de impaciencia y cólera, y Lugano, que había puesto su caballo al paso, observaba filosóficamente á su amigo y comparaba los resultados del injusto capricho de su amigo.

— Pobre Estela, dijo sonriéndose, no hace un momento que te dejaba marchar con el ardor que él mismo deseaba; á un simple movimiento de tu dueño te has parado, y hé aquí que te hace responsable del fuego que le consume á él mismo. Estela, hermosa inglesa, tú eres más dócil y razonable que tu noble caballero, porque sabes amaestrar tu furia y hacerte honor en la necesidad, mientras que la suya le domina sin cesar.

El conde se echó á reír dando un golpe con su varita al caballo de Lugano; el animal botó á su alrededor, y la agitación de su caballo calmó el miedo que el tímido cantor experimentó al bote del animal, mientras que el joven caballero se dejaba llevar de un nuevo acceso.

— Vamos, dijo Lugano, reconviniendo á su amigo, yo leo en vuestro corazón como si fuera de cristal. Vos tenéis un pensamiento que os hiere; ¿es acaso el recuerdo de la ceremonia que os separa de vuestra hermana?

— Mi hermana está bien donde está por ella y por mí, respondió el conde dando á su cabeza un pequeño movimiento de oscilación que expresaba la indiferencia. Dí, Lugano, lo que quieras, que si me conoces, yo también te conozco demasiado. Tú tienes también un pensamiento, amigo mío; un pensamiento que te ocupa, aunque no se manifiesta como el mío por los pequeños trasportes que me son familiares, y que quieres disimular como mi buena Estela, continuó dando dos ó tres golpes de plano con su mano sobre la espalda de la yegua en señal de reconciliación.

— Yo no tengo nada que ocultar ni á mis amigos ni á mí, repuso el músico. Yo pienso en la novicia, ¿qué decis de aquella voz?

— Es muy hermosa; ¿cómo la hallas tú?

— Admirable.

— Admirable es quizá mucho decir; es singular, extraña en su expresión, mas...

— ¡Es la voz más hermosa que he escuchado en mi vida!

— ¡Ah! hablas de la voz, que en efecto es magnífica; yo hablo de su presencia.

— Me ha parecido más bien que mal. Lindo talle seguramente. Sería una soberbia prima donna. Yo he quedado encantado... ¿Y vos?

— ¿Yo? No sé de cierto.

— Sois bien difícil de comprender.

— Eso es según; ¿tú hablas siempre de la voz?

— ¿De qué he de hablar sino de la voz, de la más admirable voz que ha hecho jamás retumbar las bóvedas de una iglesia y la de un teatro?

El conde miró á Lugano encogiéndose de hombros; el músico hizo otro tanto.

— ¡Chis! Ludovico, le dijo él, yo os suponía más gusto, yo creía vuestro juicio al abrigo de mezquinas impresiones, de dones extraños al talento, que solo de-

ben cautivar la atención; y mientras admirais la gentileza de esa mujer, mientras observais las ventajas exteriores que os seducen en Francisca y Juana, sois insensible á las maravillas de su canto.

— ¿Vos lo hallais defectos, mio caro?

— ¡Las personas de talento nunca son difíciles! dijo Lugano con entusiasmo parafraseando el aforismo de Piron, que no conocía.

— ¡Uno puede hallárselos! pensó el conde, cuyo mediano ingenio había sido flechado bajo aquella influencia.

La hermana Angela perdió bien pronto todas las ventajas imaginarias que Ludovico se había podido formar de aquel original conjunto de facciones que había ocupado su atención. Olvidó la divina expresión de la mirada que le había fascinado; no se acordó ya de aquellas cejas enormes, de la boca y de la tez pálida que le había herido á la primera vez que la vió, semejante á aquellos aficionados vulgares que pasan al lado de un cuadro maestro sin admirar su hermosura (porque medio desaparece bajo el aire de vetustez que le imprime el tiempo) ó que la admiran á algunos pasos de ella; era en fin la obra de un talento moderno y más que equívoco.

La única ocupación del conde Zamparella, joven, bien parecido, rico y de alto nacimiento, era el placer: pero no ese placer tranquilo que se asemeja á la dicha y que se puede hallar cuando la fuente de él está en el corazón, sino el placer tal como lo entendía entonces la juventud loca, risueña, turbulenta, que no hallaba goces sino en los excesos, y que pasaba la mitad de la vida en preparar lamentos y dificultades para la otra mitad.

La estación de las flores había pasado en Florencia: las ciudades empezaban á poblarse. Ludovico no podía permanecer en una ciudad cuya alta sociedad se había retirado ya; y como la mansión de la campiña le era particularmente insoportable porque estaba falta de movimiento y de la variedad necesaria á su vida, el conde hizo un viaje, siguiendo su costumbre, pasó tres meses en buscar lo que no se puede hallar, aventuras en las montañas de Escocia, que tenían entonces el carácter salvaje medio apagado hoy por la tea de la civilización y la curiosidad de los viajeros.

Ludovico iba acompañado de Lugano, cuya complacencia ó igualdad de humor eran desde largo tiempo una de las necesidades para la existencia del joven. El músico era uno de aquellos buenos hombres que se doblegan á todas las exigencias, que sufren todas las tiranías, que obedecen todas las voluntades y ensalzan todos los caprichos, no por bajeza ó idea de especulación indecorosa, sino simplemente por debilidad y cariño. El admirable talento de Lugano podía fácilmente ofrecerle una posición independiente; pero él había renunciado sin esfuerzo á aquellas ventajas por vivir bajo el pie de una estrecha intimidad con el conde Zamparella, sirviéndole en todas sus locuras como una especie de editor responsable de sus muchos dislates, por lo demás estando sinceramente unidos.

Ludovico había proyectado pasar todo el estío en el Norte de Inglaterra, mas las nieblas de este país no convenían á los pulmones delicados del cantor; porque se resfriaba y no podía lucir. Cuando el conde vió á su amigo sufrir realmente por la aspereza de la temperatura y toser en silencio con una desinteresada resignación, rompió repentinamente dos ó tres intrigas apenas bosquejadas, y pagó doble á sus conductores para recobrar á grandes jornadas las orillas de la líbia Italia y las playas perfumadas de la Toscana.

El otoño acababa de abrirse en Florencia con un esplendor no acostumbrado, por las representaciones teatrales de una compañía selecta y por los conciertos, que hacían como se dice en esta época, fanatismo. Las representaciones eran públicas; pero los conciertos, exclusivamente reservados á la bella sociedad de Florencia, tenían lugar en casa de la marquesa de Villareal, joven huérfana española, que vivía bajo la tutela oficiosa de una parienta lejana, y que después de dos meses que había fijado su residencia en Florencia, había empezado á llamar la atención de todas las pretensiones de la juventud noble.

La marquesa reunía en efecto todas las ventajas que colocan á una mujer en el primer rango de las felicidades de la tierra; era suficientemente bella para atraer las miradas de todos; virtuosa como una virgen, tenía un talento cultivado, una voz encantadora, y su fortuna era considerable, si tal se podía juzgar al menos por sus esplendorosas fiestas. Tal era la elegancia que se mostraba en sus saraos, que el gran duque no se desdeñaba figurar en ellos con lo más selecto de su corte. La marquesa era avara de sus ofrecimientos. Sus reuniones eran más elegidas que numerosas; y se necesitaban negociaciones diplomáticas para lograr una presentación en su casa, haciendo el pequeño número de los elegidos en Florencia muchos envidiosos y descontentos.

Cuando el conde Ludovico llegó, todos los salones retumbaban al oír aquel fausto renacimiento. El joven, ambicioso de todas las novedades, hizo las más vivas instancias á sus mejores amigos para hacerse introducir en casa de la ilustre marquesa; todas las súplicas fueron inútiles, nadie se atrevió á comprometer su crédito cerca de la bella señora, y Ludovico á pesar del esplendor de su nombre, de su fortuna y de sus prendas personales, se vió reducido como otros muchos á guardar que el favor de una invitación viniese á concederle la entrada sin que la pidiera.

Lo que acrecentó el mal humor del conde fué la dicha inesperada del modesto Lugano, pues habiendo ido

á su pequeño alojamiento que no había visto hacia algunos meses, y en donde su presencia era necesaria para arreglar algunos asuntos, halló sobre su pupitre una carta que su criada depositara algún tiempo hacía.

La preferencia con que Lugano se hallaba honrado era debida á su talento como cantor, y en vano quiso hacerse indigno de esta circunstancia con el fin de apagar la envidia de su orgulloso amigo: la ostentación de su modestia no pudo servir de disculpa ante el despecho del conde, y poco faltó para reñir con Lugano por la distinción lisonjera de que era objeto.

Lo que la tibieza de los nobles amigos del conde no se había atrevido á emprender, el cariño del modesto artista lo obtuvo con alegría. Al otro día de aquel en que Lugano fué recibido en casa de la marquesa, llevó á su amigo la invitación deseada con tanta impaciencia. La señorita de Villareal le había acogido con un favor señalado; había querido acompañarle ella misma el aria que había cantado, y se había dignado prometerle cantar un dúo con él, después que un constipado que sufría entonces la permitiera comenzar lo que reclamaban sus estudios. El buen Lugano se deshacía en elogios de la señorita de Villareal, de su complacencia, de sus gracias deslumbradoras y del lujo de su casa.

La indisposición de la marquesa se aumentó y sus reuniones se interrumpieron durante un mes. Hablóse por fin de un concierto extraordinario que se preparaba en casa de la bella española, y Lugano, convidado de los primeros, fué á él acompañado de su amigo el conde Zamparella, que se presentó con el aplomo de un hombre acostumbrado á esta clase de presentaciones. Pero Lugano, que conocía toda la sangre fría de Ludovico, se sorprendió mucho al ver al joven turbarse al primer saludo, murmurar algunas palabras ininteligibles y mezclarse rápidamente en la confusión como lo hubiera hecho un estudiante provinciano que apareciese en el mundo por la primera vez.

El conde Zamparella, mudo, turbado é inmóvil, miraba fijamente á la graciosa marquesa, y solamente pudo distraerse de su atención por los esfuerzos de Lugano, que habiéndole puesto una mano sin afectación sobre el brazo le llevó después á uno de los ángulos de la sala.

— ¿Estais malo? le dijo el músico con inquietud. ¿Es así como el brillante conde de Zamparella se presenta á la más bella de las marquesas? Yo os prevengo, querido, que son necesarias todas las maravillas de vuestra elocuencia para hacer olvidar la impresión que me ha causado vuestra conducta.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia continúa en el campo. — Club femenino en Baden. — Las carreras de caballos del bosque de Boulogne. — La gente bulliciosa. — Los cocodes. — Trajes de caza. — Las modas de otoño y de invierno. — Revolución en el traje masculino. — El traje húngaro propuesto para reemplazar el vestido ordinario. — Descripción del figurín de este número que representa las primeras modas del invierno.

La elegancia masculina continúa ausente y entregada en su mayor parte á los placeres de la caza.

Las carreras de caballos de Baden han reunido á muchos aficionados.

Parece ser que en Baden existe un club femenino donde las señoras rusas de la más elevada sociedad fuman tabaco oriental y hablan de modas.

Para entrar en este club es preciso inventar un traje excéntrico.

La originalidad es antes que el gusto en el caprichoso siglo en que vivimos.

Las cacerías de Compiègne van á ser la señal de las fiestas imperiales dadas por la corte de Francia á la aristocracia francesa y extranjera.

Entre tanto el campo de las carreras del bosque de Boulogne ha desplegado aun más pompa que de costumbre.

Las señoras de buen tono se distinguen aquí por su sencillez, en tanto que las mujeres á la moda rivalizan en vestidos extravagantes y en sombreros no menos inusitados.

Este grupo de gente bulliciosa bebe champaña y fuma cigarrillos de la Habana.

En su derredor circulan los cocodes, ó sean esos señoritos cuyo tipo conocemos hasta la saciedad.

Su traje es siempre el mismo. Jaqueta con mangas de gigot, chaleco y pantalón de la misma tela, cuello de camisa derecho por detrás y con las puntas dobladas por delante, y corbata de cinta ó de granadina con un anillo.

Los trajes de caza son los únicos que presentan alguna elegancia; pero debemos pasarlos por alto en atención á que ya los hemos descrito anteriormente.

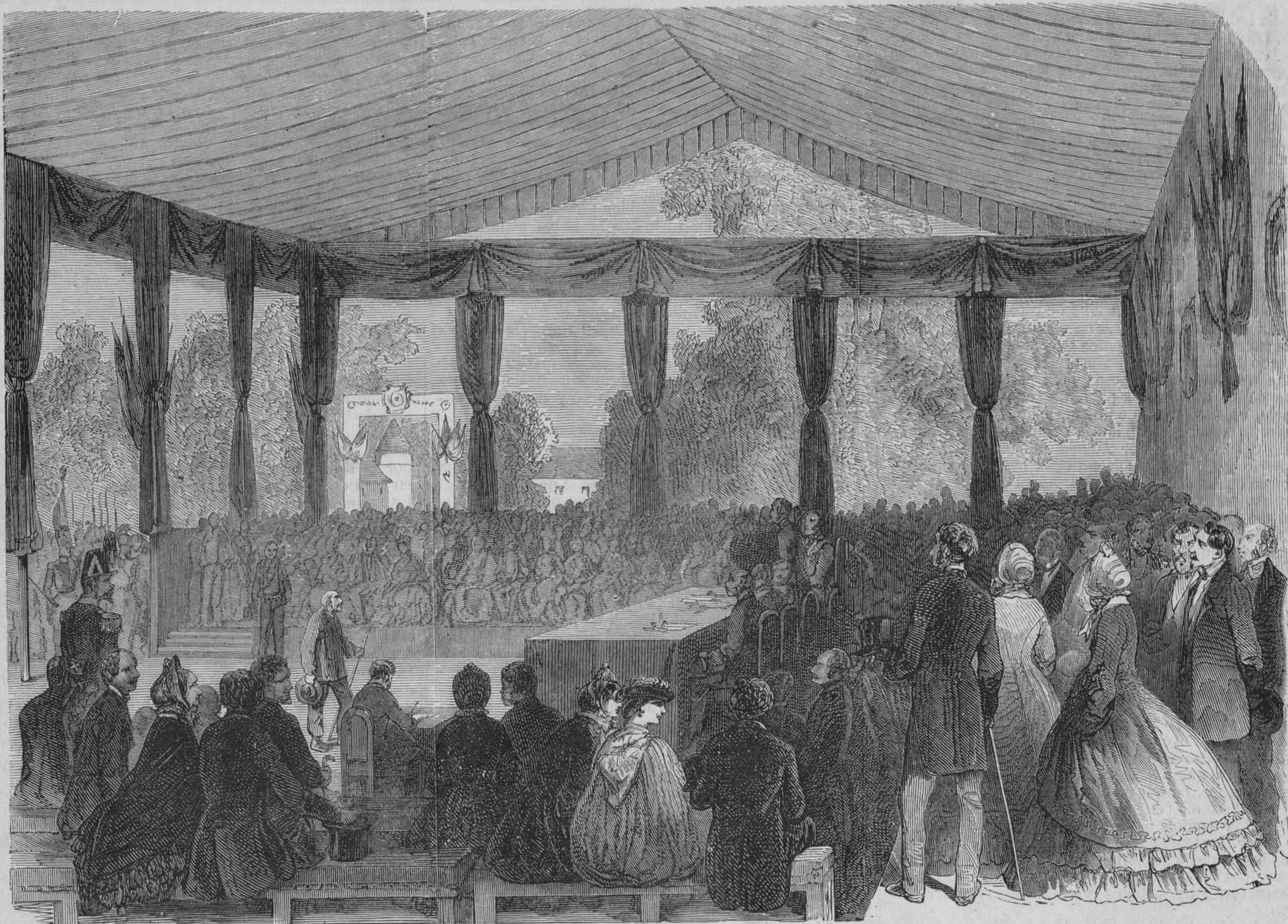
Echemos una ojeada sobre las modas del día.

Dos géneros muy distintos se hallan aun en presencia este año para sobretodos de invierno: el paletó largo y ancho y el paletó levita.

En todo caso las levitas en general se hacen muy largas con una doble hilera de botones y un cuello de terciopelo.

En cuanto á trajes de vestir, voy á citar dos que son igualmente distinguidos y elegantes.

El primero se compone de una levita de paño edredon ó terciopelo de lana mezclilla, que se cierra á voluntad con tres botones.



Comicio agrícola de la Soloña. — Distribucion de premios en el dominio imperial de la Motte-Beuvron.

El segundo es tambien de levita con cuello de terciopelo y botones de seda.

La forma de los chalecos es derecha sin cuello.

Para por la mañana y para montar á caballo, se usa mucho una levitita derecha, corta y de poco vuelo, con un pantalon ajustado.

De las telas que se llevan para calle, el chinchilla se prefiere al uatinado.

Se han producido telas de mucho abrigo y muy bonitas para jaquetas. Son diagonales, sencillas y graciosas á la vez; — buenas lanas; — bonitos cuadros sobre fondo mezclilla; — algunos trenzados gruesos, aunque no con exceso, y algunos gaufrés que describen tambien cuadritos en relieve.

Se esperaban mucho este invierno para por la mañana los tejidos de cuadros menudos para pantalones; pero en las telas vistas hasta hoy dominan las rayas.

Para pantalones de vestir se buscan las rayas bien juntas.

Tales son las primeras noticias que puedo comunicar sobre las modas de este invierno.

Pero me queda aun por anunciar la nueva mas importante, y apostaria á que no la adivina ninguno de mis lectores.

Es una revolucion entera y verdadera proyectada en el traje masculino.

Trátase nada menos que de destronar el frac negro, el pantalon negro y el famoso sombrero de copa alta.

El horrible traje moderno seria reemplazado por una especie de traje tirolés ó húngaro, compuesto de un pantalon ajustado metido en la caña de una bota adornada con una borla, una chaquetilla húngara y la capita prendida en el hombro.

El sombrero seria redondo y de forma baja, de fieltro negro, gris ó color de castaña.

Tal es el proyecto que varios elegantes piensan poner en ejecucion.

Ahora sucederá una cosa muy extraña.

Despues de haber gritado sobre todos los tonos que el traje masculino era ridículo, grotesco y horrible, se criticará á todos los que traten de cambiarle.

Terminaremos con la descripcion de nuestro figurin que puede servir de prefacio á las modas del invierno.

En primer lugar se ve un traje conveniente para dar un paseo á pié durante el dia.

Este traje se compone de una levita cruzada de paño negro, la clásica levita, con dos hileras de botones, y que puede llevarse abierta si se quiere dejar el chaleco á descubierto.

El chaleco es de cachemira color paja, derecho, abierto sobre el pecho, y de un largo ordinario por abajo.

Pantalon gris mezclilla un poco ancho de forma y derecho sobre el pié.

Corbata negra y guantes paja.

El segundo traje es de una señora que ha adoptado la forma de los paletós que llevan los elegantes.

Por esto está representada con su paletó inglés de chinchilla ligero con un ancho ribete cosido llano en su derredor. El interior está forrado de seda y acolchado.

El cuello y las solapas de terciopelo ó de seda con pespunte; esto depende del gusto del parroquiano.

El vestido es de tafetan antiguo color de castaña, y lleva hacia el bajo la falda una série de listitas de terciopelo negro. Sombrero de terciopelo negro guarnecido de lazos de encaje con cintas de atar blancas, y adorno interior de rosas silvestres hechas de terciopelo purpurino.

Guantes color de perla.

El último traje es de soirée y de visita. — El paño es de terciopelo azul, ó negro, si se prefiere, de corte gracioso y cuello bajo y estrecho. Chaleco de seda gris, que se puede elegir blanco, violeta ó maiz. Corbata blanca con puntas bordadas.

Pantalon azul ó negro, segun el color del frac, y guantes maiz.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

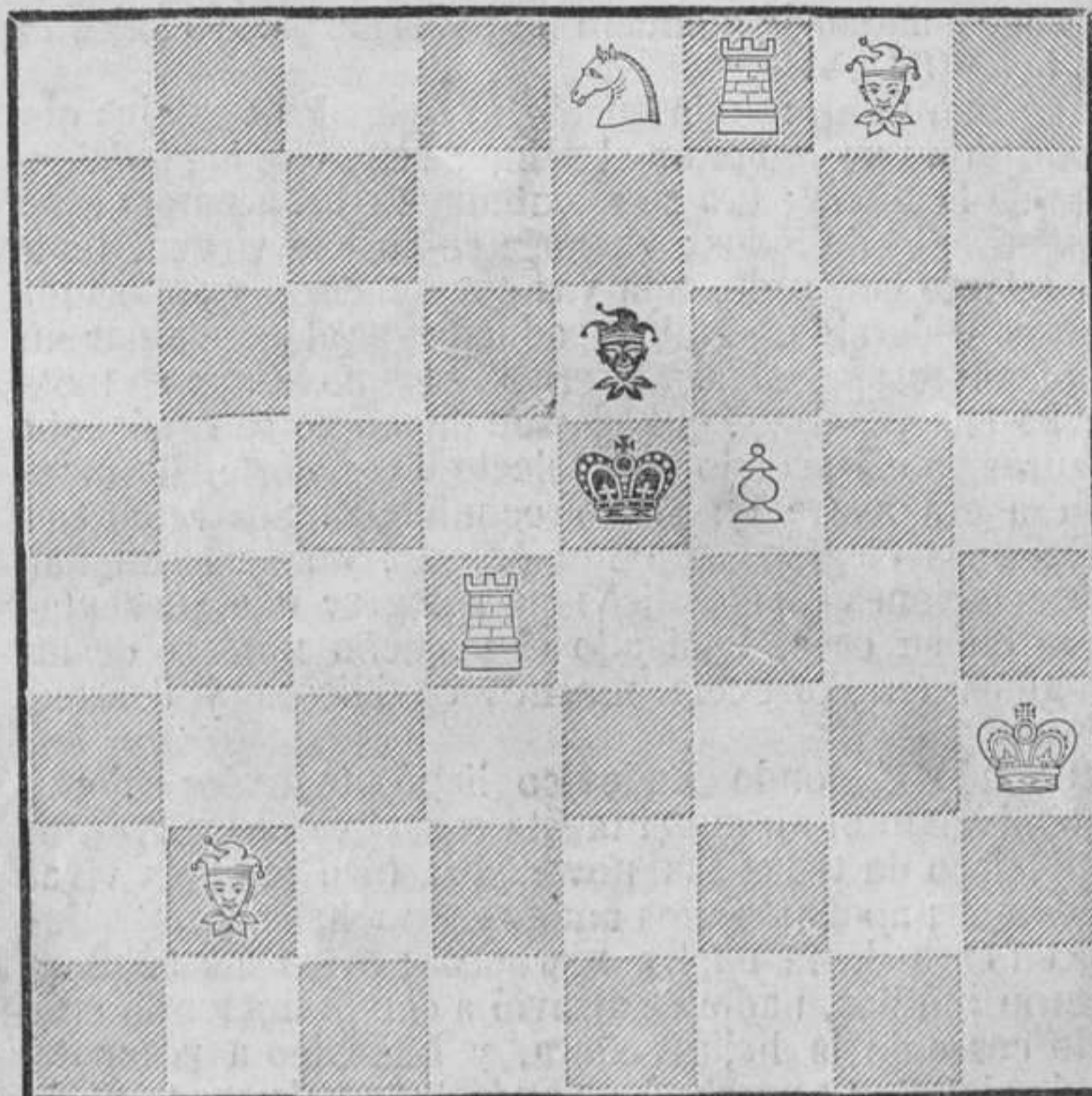
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 30.

- | | | | | |
|---|------|-----------------|------|-------|
| 1 | C 5ª | ARª desc. jaque | R 5ª | Rª |
| 2 | C 3ª | CRª desc. jaque | R 5ª | ARª |
| 3 | C 5ª | TRª desc. jaque | R 5ª | CRª |
| 4 | C 6ª | ARª come P jaq. | | mate. |

PROBLEMA NUM. 31, POR M. GRÖSDEMANGE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Comicio agrícola de la Motte-Beuvron.

El 21 de setiembre último el comité central agrícola de la Soloña convidaba á una numerosa muchedumbre al dominio imperial de la Motte-Beuvron, é inmediatamente despues de la celebracion del oficio divino, las diferentes comisiones del comité central comenzaban la visita de los productos procedentes de la Soloña. Los caballos, los ganados, los puercos, fueron examinados detenidamente, así como los productos de la agricultura.

Despues tuvo lugar el concurso de los arados, llamando entre todos ellos la atencion el de M. Vallerand, que remueve la tierra á una profundidad de 40 centímetros. Lo malo es que este arado necesita doce bueyes y seis conductores.

En seguida se procedió á la distribucion de premios bajo la direccion de M. Boinvillers, presidente de seccion del consejo de Estado. Entre las notabilidades presentes á la fiesta citaremos á MM. Michel Chevalier, senador; Payen, del Instituto; Corbin, primer presidente del tribunal imperial de Bourges; Guillaumin, de Nesle, diputados, etc., etc.

Concluido el discurso de M. Boinvillers, se proclamaron los nombres de los laureados; luego hubo un banquete, y la fiesta se terminó con unos fuegos artificiales. En esta solemnidad se ha podido ver que el impulso dado á la agricultura en la Soloña ha producido ya los mejores resultados, y todo hace presagiar destinos prósperos para ese país, tan abandonado durante largo tiempo.

P. P.